

CICLO DE CHARLAS / LITERATURA / 2025



CAFÉ DE TERTULIAS
LITERARIAS
DEL TRICENTENARIO

Homenaje a Médicos destacados de Rosario

CAFÉ DE TERTULIAS LITERARIAS

Publicación de Asociación Médica de Rosario
y Municipalidad de Rosario, 2025.

AUTORIDADES

Municipalidad de Rosario, Intendente **Dr. Pablo Javkin**
Asociación Médica de Rosario, Secretario General **Dr. Dardo Dorato**

ORGANIZACIÓN

Subsecretaría de Cultura de la Asociación Médica de Rosario:
Enrique Coscarelli, Jorge Marcipar, Alicia Buttarro, Jorge Di Nucci,
Alfredo Gutiérrez y Jorge Luis Ferrari

Subsecretario de Innovación Cultural de la Municipalidad de Rosario:
Nicolás Santiago Charles

Biblioteca Argentina Dr. Juan Álvarez:
Marcelo Scalona

INSTITUCIONES INVITADAS

Secretaría de Salud Pública de la Municipalidad de Rosario
Sociedad Argentina de Escritores (SADE), Delegación Rosario
Nuestro agradecimiento por su invaluable colaboración.

Producción gráfica integral:
Departamento de Comunicación de la Asociación Médica de Rosario.

Impresión:
Sudamérica Impresos.

presentación

El Café de Tertulias Literarias es uno de los espacios creados por la Subsecretaría de Cultura de la Asociación Médica de Rosario (como parte de la Secretaría de Acción Social de la misma).

En este ciclo 2025 se realizaron tres convocatorias y reuniones en las que se presentaron y leyeron trabajos de distintas temáticas publicados en pequeños libros. En el marco de una ocasión tan especial como lo es el Tricentenario de la ciudad de Rosario, Cultura de AMR unió fuerzas con la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Rosario y la Biblioteca Argentina Dr. Juan Alvarez e hizo una convocatoria abierta a la ciudadanía para que se presenten semblanzas, en prosa o poesía, sobre médicos que se hayan desempeñado y destacado en nuestra ciudad durante esa larga historia.

Este libro recopila todos los trabajos entregados por allegados, conocidos y familiares de los médicos que eligieron homenajear, entre tantos otros merecedores de reconocimiento.

Confiamos en la apreciación y el disfrute de estos textos.

ÍNDICE

Dr. Julio César Abellan Por Julio Abellan (Hijo)	Pág. 8
Dr. Héctor O. Alonso Por Alfredo Gutiérrez	Pág. 10
Dr. Ramiro Blas Amato Verónica Mangiaterra	Pág. 12
Dr. Clemente Alvarez Por Ernesto C. Vidal Alvarez	Pág. 14
Dr. Ítalo P. Amherd Por María del Carmen Reyes	Pág. 16
Dr. Carlos Ignacio Araujo Por Arturo Ignacio Araujo	Pág. 18
Dr. Néstor Arroyo Por Dr. Dardo Dorato	Pág. 20
Roberto Ricardo Baigorri Por María Lucía Baigorri	Pág. 22
Dr. Pablo Benetti Aprosio Por Claudia Laudanno	Pág. 24
Dr. Jacobo Benzadon Por Elsy Benzadon	Pág. 26
Marcos Rodolfo Berezovsky Por José Alberto Trop	Pág. 28
Dr. Hermes Binner Por María Alcira Velázquez	Pág. 30
Dr. Carlos Bloch Por Claudio Bloch	Pág. 32
Dra. María Boljover Por Dr. Jorge A. Marcipar	Pág. 34
Dr. Mario Javier Braun Por Mónica Celina Preiti	Pág. 36
Dr Miguel Angel Cappiello Por María Alcira Velázquez	Pág. 38
Dr. Carlos Chesta Por Ana Mileta	Pág. 40

ÍNDICE

Dr. Germán Cipulli Por Dr. Liliana Farah	Pág. 42
Dr. Germán Cipulli Por María de Luján Moreno	Pág. 44
Dr. Germán Cipulli Por Norma Iris Gustin	Pág. 46
Dr. Hernaldo Crisci Por Oscar Crisci	Pág. 48
Norberto D'Alessandro Por Andrés Falessi	Pág. 50
Dr. Carlos Alberto Delaux Por Gloria Carmen Riottini	Pág. 52
Dr. Juan Á. Della Bianca Por Mariana Della Bianca	Pág. 54
Dr. Ramón B. Díaz Por María del Carmen Díaz	Pág. 56
Dr. José S. Dotta Por Dr. Alejandro José Dotta	Pág. 58
Dr. Lázaro Ekdesman Por Victoria B. Ekdesman de Regueira y María Cristina Pino	Pág. 60
Dr. Héctor Fernández Paredes Por Gustavo Bianchi	Pág. 62
Dr. Jorge Luis Francesio Por Soledad Francesio	Pág. 64
Dr Edmundo S. Galván Por María Graciela Galván	Pág. 66
Dr. Julio Osvaldo Gambandé Por María Fernanda Bartos	Pág. 68
Dr. Celestino González García Por Marcela González García	Pág. 70
Prof. Dr. Ernesto Grichener Por Celia E. Werber	Pág. 72

ÍNDICE

Dr. Jaime Grin Por Viviana Esther González	Pág. 74
Dra. Mirta Guelman y Dr. Eduardo Javkin Por Pablo Javkin	Pág. 76
Dr. Efrain Hutt Por Jorge A. Marcipar	Pág. 78
Dr. Eduardo P. Kozameh Por Ernesto Taboada	Pág. 80
Dr. Lanfranco Ciampi Por María Alcira Velázquez	Pág. 82
Dr. Osvaldo S. Laudanno Por Claudia Laudanno	Pág. 84
Dr. Luis Malamud Por José Villar	Pág. 86
Dr. Luis Malamud Por Leonor Malamud y Julio Malamud.	Pág. 88
Dr. Vicente Massarelli Por Delia Chinellato	Pág. 90
Médicos Rosarinos Por Delia Chinellato	Pág. 92
Dr. Augusto Mercau (padre) Por Claudia Marcela López Contino	Pág. 94
Dra. Francisca Montaut Por María Antonieta Pardal	Pág. 96
Dra. Marta Orlando Por Liliana Aguilar	Pág. 98
Dra. Marta Orlando Por Raquel L. Soñez.	Pág. 100
Dra. Marta Orlando Por Raquel L. Soñez	Pág. 102
Dr. Juan Carlos Picena Por Edgardo Galdeano	Pág. 104

ÍNDICE

Dr. Mario Jorge Pitasny Por Sara Szwom de Pitasny	Pág. 106
Dr. Pompeyo E. Pizarro Arzac Por María Florencia Pellejero	Pág. 108
Dr. Orlando Prendes Por Horacio Alberto Giardini	Pág. 110
Dr. Orlando Prendes Por Imelda Ferrero	Pág. 112
Dr. Orlando Prendes Por Renata Prendes	Pág. 114
Dr. Raúl Rivero Por Esteban Sánchez	Pág. 116
Dr. Arnoldo Rodríguez de Sanctis Por Arnoldo Rodríguez Gualino	Pág. 118
Dr. Francisco Rosselló Por Jorge A. Marcipar	Pág. 120
Dr. José Roland Schpeir Por Silvia Martínez y Catalina Mendicino	Pág. 122
Dr. Jacobo Shocron Por tus hijos Miriam, Alberto y Natalio	Pág. 124
Dr. Jaime Slullitel Por Flia. Slullitel	Pág. 126
Dr. Marcos Martín Tomasini Por María Fernanda Bartos	Pág. 128
Dra. María Alcira Velázquez Por Gabriela Quintanilla	Pág. 130
Dr. Javier Villaggi Leiva Por Nadia Soledad Lordó	Pág. 132
Dra. Ana María Zeno Por Elda Munch	Pág. 134
Dr. Artemio Zeno Por Berenice Luque Zeno	Pág. 136

Dr. Julio César Abellan



Por Julio Abellan (Hijo)

Tengo en mi escritorio de médico una fotografía suya del mes de noviembre del año 1973, hablando en un Curso de Flebología. Usaba en ese momento un guardapolvo blanco, níveo, con una corbata y con su mano diestra sostenía el micrófono.

Me enseñó siempre el valor de la docencia... Me dijo: hijo, antes que médico yo soy maestro.

Su padre vino de Murcia, España y gracias a conocer el código Morse y otras cosas llegó a jefe de correo. Pudo ayudarlo en la carrera desde un pequeño pueblo de Corrientes. Su madre, criolla, con sangre guaraní, le inculcó el valor de la enseñanza. Era maestra rural. Aunque Sarmiento trajo al país el pizarrón y las tizas, ella enseñó a escribir a niños en el piso de tierra por falta de elementos.

Cuando falleció mi padre, fui a la localidad donde había nacido: Perugorriá, cerca de Curuzú Cuatiá, en una minúscula escuelita rural. En un amanecer hermoso, gracias a Dios, me encontré con una escuela del tamaño de una manzana, con rejas de seguridad y computadoras.

Vino desde su Corrientes natal y vivió toda su profesión en Rosario. Enamorado del Hospital de la Caridad, hoy llamado Provincial, y de la docencia que llevaba grabada profundamente, se desempeñó en el Instituto del Profesorado de Ciencias Biológicas, Nuestra Señora del Huerto y en escuelas técnicas del secundario.

Me transmitió la pasión por la medicina y en especial por la cirugía. Una vez, pasé por momentos de profundo dolor, y como siempre, estuvo cerca y me acompañó con aliento permanente. Cuando niño, me suturó una herida en un mentón y otra vez en un talón que necesitaron de su talento quirúrgico especial...

Cuando pude operar con él, fue una verdadera sinfonía. Todo salía muy bien...

Hoy en todo el país veo que la mayoría de ingresantes a medicina son mujeres y que los hombres para intentar mantener hogares, buscan trabajos más redituables. Esto me sorprende y entristece.

Padre: te extraño mucho, y agradezco a Dios Trino, tu presencia en mi vida, tu estímulo y tus correcciones.

Se llamaba Julio César Abellan. Gracias, muchísimas gracias...

Dr. Héctor O. **Alonso**



Por Alfredo Gutiérrez

Fue y será un modelo distinto, un docente ejemplar. Su meta era la Excelencia. Un líder, como las águilas que nunca vuelan en grupo sino solitarias y aparece una de tanto en tanto. Como las águilas nos enseñó a ver de arriba, desde muy alto y sólo cuando asegura la presa actuar, depredando enfermedades que las otras especialidades, hijas de la Medicina Interna, no logran ver.

(Primum non nocere dopo medicare).

Tenía muy clara la definición de Médico: Vir bonus medendi peritus, en ese orden, y la falta de una de esas cualidades, invalidará la otra. Que las enfermedades no existen (son acuerdos conceptuales). Lo que existe son personas que se creen o están verdaderamente enfermas. Como también que el Médico que solo sabe Medicina ni medicina sabe.

Me refiero a alguien que se definía así: «Yo soy un claro liberal, con algunos rasgos de izquierda, ateo, anticlerical; otros de derecha democrática. Numerosos para una lista».

Afecto a la Literatura, Borges y tantos otros, a la Música, especialmente Mahler, y el arte del cine y su historia, de la Enciclopedia Británica. La excelencia requiere ser disciplinado, perseverante, saber idiomas, distinguirse de los pares, ser visionario. Y todo lo tenía; muy difícil de alcanzar. La vara de saberes era muy alta.

Se fue para siempre estar, replicándose parcialmente en tres generaciones de discípulos en Medicina Interna. Fundador de PROMIR (Fundación Progreso de la Medicina Interna Rosario), colaborador de la revista MEDICINE, del Instituto de Investigaciones Clínicas de Bs. As., ganador de Premios Literarios, del cargo de Profesor Titular de la 1.ª Cátedra de Clínica Médica por tres veces consecutivas.

Alguien así siempre tiene detractores, envidias, y tendrá gente enojada que le tirarán tierra pero de esa tierra nacían y nacerán flores.

Conflictivo con sus seres queridos y con destino de quedarse solo. Soledad de los grandes.

El que escribe, discípulo, amigo y «hermano en la melancolía» (lo escribe al dedicarme su libro «Palabras, palabras, palabras sin figuras ni conversaciones»). Se perjuró no dejarlo nunca y así me lo hizo saber, compañero de mil batallas en tantos frentes. Fue así que un día gris, frío y lluvioso, como a él le gustaban, lo acompañé junto a una de sus hijas, hasta el portal de su último deseo, ser cremado.

A nadie exigí seguirlo, parecerse, quererlo, amarlo... Cada quien lo decidió.

«Mandale cariños» fueron, al dejarse ir, aún conciente, sus últimas palabras referidas a mi persona.

Qué más valiosa herencia puede recibir un discípulo, amigo y fiel compañero de viaje.

Dr. Ramiro Blas Amato



Por Verónica Mangiaterra

Tengo tres hij@s. Antes de tenerlos, el nombre Ramiro siempre estuvo en la lista de mis favoritos, aunque no fue el de ninguno de los tres. Sin embargo, ese nombre favorito, en una lista ligada a mis hij@s, se hizo presente en mi vida (en nuestras vidas) en la persona de su pediatra: el doctor Ramiro Amato, “Amato” para nosotros.

Como un chiste, dije más de una vez que compartí más la crianza con el médico que con el padre de las criaturas. Obviamente no es cierto porque no vivíamos el día a día, pero sí es cierto que él era una presencia constante en la atmósfera familiar, como una nube que llenara de sentido la tarea de criar personas. Sus palabras, consejos e indicaciones flotaban en el ambiente, como uno más del grupo...

Lo conocí a los diez días del nacimiento de mi primer hijo, diez días que fueron confusos, agotadores, felices; llenos de test, análisis, datos, recetas, cansancio, miedos. Como el bebé no estuvo suficientemente hidratado en un momento, me recomendaron darle leche de fórmula con una cucharita. En la primera consulta, viví un ritual que se repetiría tantísimas veces. En la camilla del consultorio (todo empapelado con dibujos de sus pacientes), desvestió al bebé, lo revisó exhaustivamente con sus enormes manos contrastando oscuras con el cuerpo blanco de menos de tres kilogramos, y se retiró silencioso a su escritorio para escribir en una ficha de papel todo lo que comenzaría a ser la historia clínica de esa pequeña persona: su largo, su peso, sus características. Mientras a mí me tocaba la tarea de vestirlo, él escribía y preparaba la devolución. Así fue cada consulta, con cada hij@, hasta que ellos pudieron vestirse y desvestirse solos y, después, entrar al consultorio sol@s.

La primera devolución, en esa primera consulta, fue como salida del pensamiento lateral. Dijo que la mamá debía descansar e hidratarse mejor. En ese entre-sueño del puerperio hubo alguien que me vio y, de alguna manera, me rescató del agobio de “no estar haciéndolo bien” y selló un pacto de solidaridad entre mamá y médico: pasó a ser el mejor socio de crianza.

Pero Amato era su doctor, el de los chic@s. Las preguntas y las miradas iban dirigidas a ell@s, no había moretón o raspón que le pasara desapercibido; a la mamá se le explicaba el tratamiento o lo que fuera en clave de adultos, pero el protagonista de la consulta era el niñ@. Ya a cierta edad les preguntaba a ell@s el número de documento para completar los datos de la receta y ese pequeño acto era un ladrillito fundacional de sus autonomías.

Más de una vez llegué al consultorio muy angustiada, recuerdo una en que uno de mis bebés tuvo bronquiolitis y, al llevarlo a la revisión después del tratamiento, para el alta, Amato me confesó que “estaba para internarlo”, pero “había confiado en mí”. Casi me desmayo cuando me lo dijo. Entre risas dije más de una vez que podía ver una pluma en una vincha en su frente, al modo de los chamanes de la tribu. Ponía en juego un saber que iba mucho más allá del vademécum y la asepsia, salido de un largo ejercicio de la clínica médica, interpretando a las personas.

Dr. Clemente Álvarez



Por Ernesto C. Vidal Álvarez

Para comprender la dimensión de la figura del Dr. Clemente Álvarez es imprescindible repasar los episodios por los que atravesó durante su infancia y en su juventud. El lunes 29 de enero de 1872, en Vélez Málaga el día amaneció frío y gris. Las calles estaban concurridas solo por los parroquianos que no podían postergar sus obligaciones. Entre ellos se encontraba la figura de Serafín Álvarez que caminaba presuroso a retomar las tareas del Colegio Secundario que hubiera fundado en un antiguo palacio, otorgado por el Municipio. En su domicilio, Felipa Arquéz, comenzaba a tener contracciones, cada vez más frecuentes, anunciando su próximo parto. Estaba ansiosa por el resultado, ya que el año anterior había perdido una niña al nacer. Por la tarde, cuando llegó Serafín, la encontró a Felipa con el niño entre sus brazos. Ese día nació Clemente. Nombre que le fuera asignado, posiblemente, para calmar las vicisitudes por las que había atravesado su padre, producto de una intensa militancia como republicano y antimonárquico. Serafín se casó con Felipa, una madrileña de solo 15 años, mientras él transitaba los 25. Esta decisión fue tomada quince días después que Isabel II, obligara a abandonar los cargos en el Profesorado a todos los republicanos. Poco después de su enlace y ante unas publicaciones disruptivas de su autoría en Sevilla y Madrid, se vio obligado a huir solo, primero a Francia y luego al Río de la Plata. Regresaría nuevamente a España, luego del derrumbe de la monarquía Isabelina, además de las libertades instauradas por las cortes en junio de 1869. Con posterioridad se instala durante un tiempo, en Vélez Málaga, donde nace como hemos dicho Clemente y luego Luis. La vida de los Álvarez nunca iba ser tranquila. A los pocos meses, intuyendo el peligro inminente de restauración de la monarquía, decide nuevamente huir a Buenos Aires, pero en este caso acompañado solo de Felipa y su hijo mayor, dejando a Luis a cuidado de sus suegros y un ama. Luego en agosto de 1874 se instalan en Concepción del Uruguay, al año siguiente manda a llamar a sus suegros y al pequeño Luis. Allí nacería en 1875 Domingo su tercer hijo. Luego se trasladan a Gualeguaychú, y en mayo de 1877 asume como director del Colegio Nacional. El mismo entusiasmo que Serafín le ponía a la docencia, se lo ponía para embarazar a Felipa. El 3 septiembre de 1878 nace Juan Álvarez, fundador de la Biblioteca Argentina. En este período hace un viaje relámpago a España para buscar los antecedentes que le permitiera revalidar su título de abogado en Argentina. Con este título en 1880 vienen a Buenos Aires y dos años después se radican en Quilmes. Clemente terminó la secundaria y entró en la Facultad de Medicina de Buenos Aires donde se graduó a los 23 años con diploma de honor en 1894. En 1895 Serafín ocupa el cargo de Juez en 1ra. Instancia en Rosario, y moviliza nueva y definitivamente a los Álvarez. Ya en Rosario, Clemente ejerce la profesión, siempre en forma destacada, siendo en un principio Médico de Policía y de la Sociedad de Socorros mutuos. El 22 de julio de 1898 ingresa al Hospital Rosario, primer efector público rosarino, trabajando en la Sala de Niños, luego a cargo de la Jefatura de la Sala de Clínicas de Mujeres y en 1906 de la de Hombres hasta su muerte. Es larga la lista de los lugares en que intervino. Desde la Liga contra la tuberculosis, aportes en la creación de la Facultad de Medicina, partícipe en la fundación del Círculo médico, Profesor en la Cátedra de Patología Médica, luego de Clínica Médica hasta que finalmente es destacado con el nombramiento de Miembro Honorario de la Academia Nacional de Medicina en 1937. Sobresalió por su capacidad técnica y científica, sumado a su concepto de la ética y comprensión del dolor humano, que adquiría mayor relevancia por su marcada humildad y rechazo a toda mención honorífica. Claro ejemplo de ello se expresó cuando hubo de ser engañado por sus colegas del Círculo Médico para poder homenajearlo con motivo de este Título académico. Amén de ello había declinado en años anteriores ser Decano de la Facultad de Ciencias Médicas. Su vida familiar, construida con Josefa Fontanarrosa, era presidida con la misma austeridad, sin ostentaciones frente a sus ocho hijos (7 mujeres y un varón) en una casa, que aún sobrevive a la piqueta, en la calle Laprida 1350. Solo cabe decir que su nombre va a persistir, merecidamente, en la denominación del actual hospital de emergencias de nuestra ciudad.

Dr. Ítalo P. **Amherd**



Por María del Carmen Reyes

*“Hombres necios que avizoráis el futuro,
aprended a dar, antes que tu alma grite: se vende”*
Ítalo P. Amherd (2/08/1927 - 21/5/2005)

Él, que ingresaba en la sala yerta,
con su sonrisa entibiaba el día.
Donaba con amor su compañía,
cuando empujaba la vidriada puerta.

Fue un adulto mayor de mente abierta
compartiendo la ciencia y la poesía.
Dejó su huella de sabiduría
bálsamo al alma, su palabra experta.

Aliviar al enfermo fue su sino
Y como un faro iluminó el camino.
Con sus poemas seguirá inspirando.

Él hoy no está, aunque parezca incierto,
fue un doctor poeta que ya se ha muerto
y en su legado está resucitando.

Dr. Carlos Ignacio Araujo



Por Arturo Ignacio Araujo

Perteneció a esos tiempos olvidados donde el pediatra acudía a la casa de sus pacientes en visitas domiciliarias que eran a la vez terapéuticas y de contención familiar, acudiendo hasta altas horas de la noche para así evitar los contagios en la sala de espera de su consultorio privado.

Con ese espíritu se desempeñó como Profesor de Pediatría en la Sala de Pediatría del Hospital Eva Perón de la ciudad de Granadero Baigorria, formando una cohorte de Médicos Pediatras de excelencia. Nunca tuvo vehículo propio, así que muy temprano todas las mañanas un taxista amigo lo esperaba para llevarlo al Hospital.

Se perfeccionó en su especialidad con una concurrencia de más de dos años, en el Hospital de Cincinnati (Ohio) de Estados Unidos, vinculando en sus estudios, la medicina con la investigación y la estadística, por ese tiempo ciencia incipiente. A su regreso a Rosario, instauró en el Hospital un sistema de acompañamiento materno a los niños internados, proveyendo de guardapolvos y cofias a las madres, y habilitó un Bioterio en uno de los chalets del Hospital, donde impulsaba la investigación experimental.

De considerable estatura, de gran carisma, fina persuasión y encantadora sonrisa parecía el Clark Gable de la medicina, a tenor los suspiros que despertaba entre las damas de ese entonces; siendo por mucho tiempo uno de los solteros más codiciados del ambiente...

A la par de ser sumamente inteligente y obsesivo, era muchas veces extremo en sus posiciones políticas e ideológicas, lo que le trajo grandes disgustos y amarguras, como lo fue el cese arbitrario de la docencia universitaria que tanto amaba, en tiempos conflictivos del país.

La historia ya puede determinar y juzgar si fue conveniente aquella cesantía. De lo que no tenemos dudas es que sus discípulos perdieron a un gran maestro de la pediatría y, con su prematuro fallecimiento a la edad de 67 años, sus pacientes sufrieron la ausencia de un médico sobresaliente.

Dr. Néstor Arroyo



Por Dardo Dorato

El ciudadano múltiple

Médico pediatra, dirigente social, hombre de barrio y estadista de lo cotidiano.

El Negro Arroyo fue una figura que desafió la lógica de las etiquetas. En él convivieron “el barro” de barrio Tablada y el asfalto de las decisiones institucionales. Desde Alem y Garay, su geografía afectiva, hasta las luces del centro rosarino, transitó con naturalidad los márgenes y los centros del poder. En él se adecuan el actor ciudadano que transcurrió sus días por la ciudad de Rosario.

Capaz de manejarse en el contacto directo con las personas como en el asfalto de las esferas decisorias.

Una persona indispensable al transcurrir del siglo XX.

Sus pasiones marcadas. El fútbol con la recorrida desde el tablón de la cancha de Central Córdoba a la presidencia del club, del que como corresponde al personaje, salió empobrecido materialmente. Oportunidad para decir que su proyecto de club se llevó dos propiedades personales. Pero también quedó en el ascenso a la primera categoría deportiva. Con transparencia que mantuvo como norte de su vida.

La otra pasión social fue la política y la dirigencia en el área salud.

Su raíz política se nutrió del radicalismo familiar, pero su identidad se definió en la Intransigencia del Dr. Oscar Alende.

Fue candidato a intendente de Rosario, y con humor se jactaba de haber sacado más votos que el candidato presidencial en la zona sur, su cuna.

Por veinte años condujo la Asociación Médica de Rosario, en tiempos de agitación social.

Su frase —“no siempre les puedo resolver los problemas, pero los escucho y los acompaño”— sintetiza su ética del cuidado.

Bajo su liderazgo político, la AMR resistió el embate neoliberal de los años 90, preservando un modelo social de salud que aún hoy defiende dos pilares: equidad en el cuidado de la población y dignidad en la retribución médica.

Impulsor de proyectos que marcan época: el CEDyCA institución pionera para Rosario en Cirugía ambulatoria. El rescate del Hospital Español en quiebra, y más recientemente el Sanatorio Aliare.

Guía en la transformación de la “bolsa de trabajo” en AMR Gestión, adaptando la institución a los nuevos tiempos sin perder su esencia.

Trazó un camino de permanente cambio para seguir al frente de aquello que el principio de los tiempos se llamó bolsa de trabajo» y actualmente es AMR gestión. En el plano del dirigente social, un verdadero estadista. Aquél que mira más allá del presente para idear un futuro que incluya, enriquezca las experiencias de todos y, cumplir con principios cuya lectura completa es difícilmente abarcable en un solo campo de actuación.

Quiénes continúan el camino, aún adaptado al tiempo, siguen con transparencia intelectual su honesto transcurrir.

Un hombre con alma de tango. Divertido en el trato cotidiano, melancólico en sus silencios, su personalidad estaba atravesada por el sonido de las aceras del barrio. Mezcla de alegría y tormento le daban una profundidad singular. Fue un transformador del bien común, tanto en su rol de médico como en su papel de dirigente social.

Dr. Roberto R. Baigorri



Por María Lucía Baigorri

Sus años de servicio no se cuentan en almanaques, sino en cada gesto que alivió una herida, en la palabra que sostuvo, en la mirada que trajo consuelo. Su labor no se limitó a sanar cuerpos, también supo escuchar miedos, aquietar angustias y ofrecer esperanza cuando parecía que faltaba.

Ser médico es más que una profesión, es abrazar un pacto silencioso con la vida; elegir estar presente en los instantes más frágiles de lo humano. Y él lo hizo con sabiduría serena, paciencia inagotable y una humildad que engrandece.

El sendero recorrido y las huellas que deja nos recuerdan que la medicina no es solo ciencia, sino también el arte de escuchar, comprender y acompañar.

Hoy a diez años de su retiro, celebramos el pulso constante de su corazón generoso brindado a cada paciente y agradecemos su vocación incansable por los más vulnerables. Porque aun alejado de su práctica médica sigue andando caminos de servicio al frente del hogar “Santa Josefina Bakhita” obra del Padre Tomás Santidrián, donde quienes no tienen techo hallan refugio y dignidad.

Su historia nos enseña que la verdadera jubilación no llega para quien ha hecho de la entrega una forma de vivir.

Dr. Pablo Benetti Apro시오



Por Claudia Laudanno

Pionero de la cirugía cardíaca en Rosario

Era médico recibido, por ese entonces, en la Universidad del Litoral, en 1946. Con posterioridad, recibió su Doctorado en Medicina en la Universidad de Sorbonne, París. Así es como su trayectoria viene presidida por un “aura” de prestigio, en el dominio de la cirugía cardiovascular de la ciudad y del interior del país.

Se desempeñó durante largos años como profesor, en la Facultad de Ciencias Médicas y fue Jefe de los servicios de Cirugía en el Hospital Español y el Ferroviario, respectivamente.

Durante los años sesenta y hasta su fallecimiento en 1995, mantuvo una estrecha vinculación y amistad, con otro grande de la cirugía cardíaca de América Latina: Euryclides de Jesús Zerbini, médico y cirujano cardiovascular brasileño, quien fuera el fundador y alma mater del InCor, Instituto del Corazón, de la Universidad de San Pablo. En este sentido, Benetti Aprosio es considerado uno de los precursores de la cardio-cirugía, de Rosario, participando de congresos, foros y entrenamiento de sus médicos de aquel equipo original del Hospital Español, en el seno del propio InCor, incluso hasta promediada la década del setenta. Allí, los cirujanos argentinos lograban una mayor casuística para la realización de cambios de válvulas, operaciones a corazón abierto con Circulación Extracorpórea y tratamiento de cardiopatías congénitas.

Por otra parte, el Equipo Cirugía Cardíaca del Hospital Español, dirigido por el Dr. Pablo Benetti Aprosio estaba constituido por los Dres. Luis Alfonso Busnelli, Ricardo Roffo, Osvaldo Segundo Laudanno y la anaestésista Zilla De Alberti. También colaboraba su hermana, la eximia Aymaré Benetti, hematóloga, desaparecida prematuramente, en los años ochenta.

Digno de destacar sobre el Dr. Pablo Benetti Aprosio, es que le tocó transitar tiempos difíciles de nuestra historia, ligados a los años de plomo en la Argentina. En éste último aspecto, tuvo que mantener un sano y fructífero equilibrio, entre los servicios del Español y el Ferroviario. En el primero de ellos, se trabajaba a destajo, contando también con el Sanatorio Cavadonga. Allí eran internados los pacientes que habían tenido intervenciones quirúrgicas de corazón con bomba cardíaca y casos vasculares periféricos, esto es, de flebología.

En el segundo nosocomio, tuvo que lidiar con los interventores militares, lo cual, hacía todo más complicado aún. No obstante, logró saldar ese tipo de obstáculos de turno.

Dr. Jacobo **Benzadon**



Por Elsy Benzadon

Nació el 24 de julio de 1907 en Arroyo Seco, Provincia de Santa Fe. Falleció en Rosario el 23 de julio de 1964 con 56 años en plena carrera activa y exitosa de médico. Se especializaba en cirugía de mujeres, hacía mastectomía radical para cáncer de mama (sacaba la mama y todos los ganglios del lado afectado) y también se destacaba en Cirugía General. Además, fue profesor de Patología Quirúrgica en la Facultad de Medicina, en 1950. Participaba en Congresos Internacionales, revistas médicas y recuerdo que organizó las Jornadas Médicas del Litoral en el Círculo Médico de Rosario. Su tarea era incansable y continua. Recibió el diploma del American College of Surgeons en Detroit, Universidad de Michigan y publicó su libro: Mastopatías disfuncionales.

Cuando se recibió, en 1935, instaló su consultorio en Urquiza y Cafferata, donde vivíamos. Era un barrio de gente trabajadora pero también de gitanos y prostitutas. Día y noche lo llamaban y él atendía a todos con abnegación. Al trasladarse a su nueva casa de la calle Pte. Roca 745, comenzó allí una carrera exitosa en su consultorio de planta baja. La cirugía era su pasión.

Yo, su hija mayor, lo recuerdo en las madrugadas cuando me despertaba a repasar para la escuela y lo veía con el velador prendido rodeado de libros. ¿Qué hacía mi padre a esa hora? Estudiaba para las operaciones de la mañana. Luego, desayunaba y partía antes que nosotros rumbo al Hospital Rosario (hoy Clemente Álvarez) y al Sanatorio IMCE de Boulevard Oroño y Urquiza.

Como era buen nadador y amante del agua y el mar pasábamos nuestras vacaciones de verano en Mar del Plata. Tengo inolvidables recuerdos de aquella época. Playa, sol, caminatas de exploración y todos los días natación con tíos y primos. Además, practicaba Golf en el Rosario Golf Club con mi madre Marcelle.

Su vida fue muy intensa. Su padre, Abraham Benzadon, fundador de la gran tienda La Buena Vista de Rosario, colaboró en que así sea. Su repentina muerte en un accidente de auto volviendo del Hospital Alberdi causó un dolor profundo en mi vida y la de toda la familia. No puedo agregar más a la historia. Hay mucho y me emociono...

Su partida dejó un vacío en mi vida, así como también dejó en nuestra familia un ejemplo de trabajo, dedicación y estudio. Su hijo Ricardo, hoy médico hematólogo en Buenos Aires, es su legado. Pero por sobre todo nos transmitió su profundo amor a la vida que fue tan tristemente arrancada.

Dr. Marcos R. Berezovsky



Por José Alberto Trop

El profesor Marcos Rodolfo Berezovsky y la Escuela de Gerontología Municipal de Rosario fueron adelantados para su época.

Marcos Berezovsky fue cardiólogo, profesor de Clínica Médica de la UNR y por último se especializó en Gerontología. Creó la Asociación Interprovincial de Geriátría y Gerontología de la República Argentina, espejo de la Sociedad de Gerontología Argentina que monopolizaba esta disciplina en el país; logró entusiasmar a colegas de todo el país y Rosario se convirtió en un centro de referencia internacional de la Gerontología, sólo con aportes personales e industria farmacéutica. Se invitó a las figuras más relevantes del mundo. Se dictaron cursos de capacitadores y formadores, participando galenos de toda Latinoamérica. Sin eufemismos, fue «el creador de la Gerontología en Rosario», fundó la carrera universitaria de Geriátría en la UNR, la Sociedad de Geriátría, fue director del Hospital Geriátrico Provincial, pionero en aplicación de estudios académicos y científicos de las personas mayores para mejorar su calidad de vida.

El sábado 25 de noviembre 2017, que es el 7 de Kislev 5778 en el calendario hebreo, se cumplió el 23º aniversario del fallecimiento del profesor Berezovsky. Fue un adelantado, genio creativo, impulsor de la gerontología local, condecorado por las Naciones Unidas, nombrado Ciudadano Ilustre por el Concejo Municipal el 24/05/2005.

¡Tuvimos placer de aprender tanto de él! Somos agradecidos por la posibilidad de compartir y tratados como dilectos discípulos. Procuramos humildemente continuar su camino. ¡Gracias maestro por lo que nos brindaste!

Hoy, aunque muchos te olvidaron, ¡nosotros te recordamos con amor inmenso!

Este escrito se puede ver completo en: <https://www.lacapital.com.ar/opinion/el-creador-la-gerontologia-rosario-n1516758.html>

Fue recortado con autorización de su autor.

Dr. Hermes Binner



Por María Alcira Velázquez

“Salud y educación son derechos, no privilegios”

El sol asomando desde los techos de las casas bajas, entre las vías. Ovidio Lagos y Acindar. Un grupo de jóvenes en la puerta de la Escuela Especial Laboral 2069 al final del boulevard, frente a los tanques, firmes recuerdos de lo que fue la fábrica.

A la pregunta de ¿qué hacen afuera?, algunos responden con firmeza “esperamos”. Pregunto: ¿Qué esperan?. A la pregunta, respuesta: “oportunidades de aprender a trabajar”.

Esta parte de la historia recorta la visión estratégica que nos permite honrar, realidad y legalidad de la presencia del Estado provincial y municipal en Rosario, en salud y educación, entre los años 1999 y 2006.

Otro momento, en el patio de la escuela. “Tenemos Taller de la Palabra”. “Pueden preguntar lo que necesiten saber. Hoy tenemos una invitada especial de Inclusión de discapacitados de la municipalidad de Rosario, para informarnos e intercambiar ideas respecto a las pasantías laborales”. Espacios que recibirán pasantes en diferentes tareas, modalidad de asistencia, comportamiento, vivencias entre ellas el temor a lo nuevo.

Juan sacude el cuerpo, se para, dice “yo quiero ir a la lavandería”. Eduardo y Luis “nosotros a construcciones, seguimos con lo aprendido”. Nadina “quiero ir a cocina” -esta joven hace tiempo que fue incorporada a planta permanente-. Sergio llegó tarde, viene del Museo Castagnino. Le interesa poder estar en ese lugar y lo que allí se hace. Y lo logró.

Hoy dicen “tenemos algo muy especial, que el Dr. Binner ha prometido visitarnos”. Lo esperamos. Sabemos que es un defensor de todo lo que mejora la vida de las personas mejorando la vida de las personas de acuerdo a sus necesidades.

En lo que respecta a discapacidades se levantaron estructuras, logros, acuerdos y lo que no, a corregir.

Todo esto se pudo mantener desde 1999 a 2006, algunos pasantes continuaron. Los gobernantes apoyaron la experiencia positiva. Se protegió a las personas que física o emocionalmente lo necesitaban. Este fue un lazo entre salud y educación, emprendido, logrado por un grupo de visionarios que acompañaron y siguieron las huellas del Dr. Binner.

Damos gracias porque aún hoy nos lleguen sus voces y podamos detenernos para escucharlos.

Espacios de las pasantías laborales: cocina centralizada, lavadero central, obras públicas, carpintería, deportes, museo Juan Castagnino, CEMAR, Centro Único Facturación, todas de Municipalidad de Rosario. Radio del Hospital Geriátrico Provincial. UNR. Granja Nazareth y Fundación vivero Rosario.

Dr. Carlos Bloch



Por Claudio Bloch

La salud pública en nuestro país tiene una extraña paradoja. El amplio acceso a los servicios de salud gratuitos y la buena calidad de los mismos es reconocido en toda América Latina. Sin embargo, los sanitaristas que han aportado y aportan a este campo tienen escasa visibilidad.

Carlos Bloch fue un destacado sanitarista en los campos del gremialismo médico, en la formación de profesionales de salud, en la investigación y en la divulgación de la Medicina Social.

Hijo de inmigrantes judíos polacos, nació en San Juan. Y es ahí donde fue testigo de dos eventos que tendrían una fuerte influencia en sus ideas futuras. El primero fue la segunda guerra mundial, que era tema de preocupación cotidiana en su casa familiar. Sus padres con cierta militancia socialista lo introdujeron en una visión del mundo que dividía a las personas entre las que luchaban por la solidaridad y la justicia, en este caso “los aliados”, y los que se oponían. El otro hecho saliente fue el terremoto de San Juan en 1944. Aquí una vez más se jugaba la existencia de comportamientos diferentes entre las personas afectadas. Aquellos que como su propia familia compartieron lo poco que tenían con los que habían perdido todo, y los otros, aquellos que miraban con indiferencia el malestar ajeno.

La pelea por un mundo más justo lo acompañó en su viaje a Córdoba a estudiar medicina a la edad de 16 años. Sus ideales lo empujaron a la militancia estudiantil, y producto de la misma acabó preso en varias oportunidades. El estudio y la militancia, sus dos grandes pasiones, lo acompañarían desde esos primeros años universitarios.

Desde Córdoba se muda a Rosario donde finaliza sus estudios y se gradúa de médico. Es en Rosario, ciudad que adopta como propia, donde Carlos encuentra su compañera de toda la vida, ejerce como médico hospitalario y trabaja como docente en la Universidad hasta que la dictadura militar del '76 lo expulsa de todos los ámbitos públicos.

La Asociación Médica de Rosario fue la institución que dio el soporte a los emprendimientos de Carlos Bloch y su influencia alcanzó a otros lugares de la Argentina y de algunos países de América Latina como el Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, el Instituto de Salud Juan Lazarte, y los Cuadernos Médicos Sociales.

Ya no se publican más los Cuadernos azules de Rosario, pero la esencia que hizo de ellos un hito en la salud pública sigue estando presente en los posgrados, en las investigaciones, en los documentos de trabajo y en la gestión que llevan a cabo aquellos trabajadores de salud que se sienten identificados con la idea de que la efectivización del derecho a la salud es un deber indelegable del Estado.

Dra. María **Boljover**



Por Jorge A. Marcipar

No la conocí personalmente. Sí, tuve referencias de ella por familiares (era prima de mi suegra), y al informarme sobre historia de la medicina en Rosario.

Junto a Dra. Francisca Montaut fueron las primeras mujeres graduadas en nuestra Facultad de Medicina, donde había ingresado con el primer grupo de estudiantes que se inscribió tras su creación.

Comenzó su tarea profesional en el Hospital Rosario, luego Clemente Alvarez, y al crearse el Hospital de Niños en 1930 fue la primera en atender comenzando su labor en consultorio un tiempo antes de su inauguración oficial. Esto lo hizo junto al Dr. Miguel Uriarte, quien luego fue su marido.

La escuela secundaria había transcurrido en Rafaela, donde se graduó de maestra normal. Esta circunstancia fue parte de su vocación docente, que aplicó durante toda su vida.

En el Hospital de Niños, creó una biblioteca infantil y luego de su tarea médica se quedaba a darle clases a los niños internados, pues en ese entonces las internaciones eran excesivamente prolongadas (ej. Una escarlatina requería entre 1 y 2 meses de internación por las frecuentes complicaciones, al no disponerse de ATB). Luego consiguió que se nombrara una maestra a través de la Cruz Roja. Su ejemplo fue imitado en otros países al conocerse esta acción.

Al formarse la Sociedad de Médicos del Hospital de Niños fue secretaria de la misma. Esta institución precedió y fue la base para la creación de la Sociedad de Pediatría de Rosario.

En 1947 fue dejada cesante en su cargo de jefa de clínica de Sala 3 del Hospital de Niños, por decreto del intendente municipal y como consecuencia de no simpatizar con el régimen político del momento. Fue reincorporada en 1956, y su tarea fue asignada a dirigir el Lactario del Hospital de Niños. El lactario era una dependencia muy importante porque en esa época no existían las fórmulas lácteas para alimentación de lactantes que hay hoy en día. Por esa razón, muchas madres que tenían excedente de leche para alimentar a sus niños vendían la misma. Como habitualmente eran de condición muy humilde, a las señoras que concurrían les hacía tomar cursos de puericultura, lectura y escritura, costura, tejido, etc. Otra actividad producto de su vocación docente.

Tras 60 años de ejercicio de la medicina se jubiló en tal carácter, pero siguió como profesora de puericultura en la Escuela Industrial de Señoritas Nro 1 de Rosario.

Habría mucho más para comentar acerca de la Dra. María Boljover, pero dada la necesidad de brevedad de esta presentación, solo quiero terminar con el recuerdo de la Dra. Ana María Uriarte, su hija, quien también fue una médica digna de ser mencionada en esta tertulia, y quien me brindó muchos de los datos referidos.

Dr. Mario J. Braun



Por Mónica Celina Preiti

Desde que se recibió, en 1981, fue un médico de familia que protegía y contenía a sus pacientes. La medicina se complementó con sus dotes de músico profesional, acordeonista y percussionista. Actor, payaso, organizador por naturaleza, pronto comenzó a mostrarse como un gran realizador cultural que ejercía la medicina, la música y el humor como una forma personal de atemperar las inclemencias de la vida humana. Fue un líder con brillo personal y mentalidad amplia, con infinitas ganas de hacer, de empujar hacia adelante.

Recibido, en 1981, comenzó a trabajar en urgencias para la Cruz de Oro y también como médico de un geriátrico. De esa época recuerdo dos hechos representativos que hablan sobre su vida, sus valores y su forma de actuar.

Durante un anochecer, asistió a una de sus primeras urgencias. Al rato apareció en casa pidiéndome que lo acompañara, quería convencer a su paciente, un señor anciano, que debía concurrir a un hospital. Está solo, me dijo, estaba en plena actividad cocinando un trozo de cordero cuando se sintió mal. Estoy seguro de que está cursando un edema agudo de pulmón, pero no quiere moverse de su casa, vení conmigo así lo acompañas mientras lo llevo. Así fue, lo ayudó a dejar todo en condiciones en su casa y lo llevamos al hospital en nuestro viejo Fiat 1500, yo iba en el asiento trasero, con el paciente, sosteniendo su mano. El diagnóstico era certero, lo internaron, salvó su vida.

La otra anécdota refiere también a sus comienzos como médico del Geriátrico. Al día siguiente de haber comenzado a trabajar allí, regresó con su acordeón y tocó para los internados, fue recibido con emoción, alegría y agradecimiento. Más allá de su tarea médica, muchas veces volvió con el acordeón. Su música reducía el aislamiento y hacía circular momentos de felicidad en el ambiente.

Al año siguiente se incorporó a la Comisión de Cultura de AMR. Entre 1989 y 1995 fue Director del Hospital Alberdi de Rosario, época en que se desempeñó como Secretario de Acción Social de AMR. Luego fue Subsecretario de Cultura (AMR) hasta su muerte el 4 de octubre de 2023. Durante ese mundo en constante movimiento publicó dos poemarios, escribió guiones teatrales, organizó muestras de arte, concursos literarios y fotográficos y espectáculos musicales y teatrales. También realizó entrevistas a personajes estacados de la ciudad plasmadas en el libro “Gente necesaria” (2003), y entre muchas otras actividades, publicó el periódico “Cable a tierra” y creó el Grupo SANARTE integrado por 11 colegas que actuaban en favor de instituciones de beneficencia.

Honesto, generoso, creativo, incansable, el Dr. Mario Braun trabajó siempre vinculando cultura y salud a través de nuevas perspectivas y proyectos que enriquecieron la escena cultural de Rosario.

Dr. Miguel A. Cappiello



Por María Alcira Velázquez

“La salud es un derecho humano íntimamente relacionado con la calidad de vida, de responsabilidad constitucional y del Estado. Aquí, Provincia de Santa Fe, ciudad de Rosario.”

El dr. Capiello pudo asumir su compromiso como garante.

Desde sus tiempos de estudiante en UNR –1976- como vacunador en el centro San Francisquito, graduado en 1988 como médico. A posterior como urólogo. Trabajó en los hospitales Alberdi y Carrasco donde a posteriori fue director. Interventor en Pami delegación IX. Cursó maestrias en salud en el exterior.

De la mano de Hermes Binner y otros colegas fue reconocido “como gerente social altamente capacitado y calificado, conocedor de los procesos de desarrollo en salud”; se integra en forma activa a la política en todo aquello que implique la salud de las personas desde lo subjetivo: bienestar físico, mental, social; de lo objetivo en capacidades funcionales y sociales.

Desde sus espacios de concejal, Sub y Secretario de salud municipal, otros cargos y Ministro de Salud, trabajó mecanismos referentes de acción en descentralización, redes, atención primaria, secundaria y terciaria.

Desde su mirada y su acción todo lo que se necesita requiere mecanismos de financiamiento: fuerza laboral capacitada con remuneración adecuada, datos fidedignos sobre los cuales tomar decisiones en políticas sanitarias, instalaciones que permitan servicios de calidad.

Todo esto y mucho mas el dr. Capiello lo registra en su libro Conquista de la Salud Pública.

Este es solo un vuelo sobre lo realizado por este médico, sus compromisos como funcionario representante de la comunidad, concejal de Rosario y senador provincial de Santa Fe.

De una médica que anduvo por alguna de esas huellas, muchas gracias Dr. Capiello.

Dr. Carlos Chesta



Por Ana Mileta

A la pregunta “¿Qué querés ser cuando seas grande?” muchos niños responden con un categórico “¡Doctor!”. Ayudar a Sanar a otros, noble misión. Algunos recorren varios años los pasillos académicos de donde obtienen el conocimiento. Otros, como el Dr. Carlos Chesta, van por más, investigando la relación mente-cuerpo-espíritu, abrevando en las ciencias ancestrales para llegar al origen de las dolencias - muchas veces heridas emocionales- y cómo encausarlas para resolverlas. El yoga, la meditación, la alimentación natural en su práctica personal se conjugaron para implementar algunos de sus recursos en la profesión.

Así decidió, al finalizar sus estudios en Medicina, acceder al posgrado en Ayurveda en la UBA sin vislumbrar que años más tarde sería uno de los mentores del curso curricular Medicina y Salud Ayurveda en la Universidad Nacional de Rosario, ciudad que lo vio nacer.

Viajó varias veces a la India con alumnos de sus innumerables cursos para acercarlos a la cuna de esta antigua sabiduría, ello más su especialización en Acupuntura Ayurvédica e iniciar la formación en Ayurveda en la Facultad de Ciencias Médicas fueron algunos de sus logros más meritorios. Las puertas se abrieron para muchos a otras formas de concebir la prevención y los tratamientos. La salud en forma integral y la relación con el consultante -principal protagonista en el proceso de sanación- fueron sus baluartes; su mirada amplia y empática, así como su tiempo para conocer en profundidad a sus pacientes, sus tesoros. Lo recuerdo recibiendo a cada uno cálidamente con una sonrisa y bajar la música, que serenamente acompañaba en su consultorio, diciendo “siempre se puede hacer algo para mejorar”.

Gracias Dr. Carlos Chesta, por haber honrado tu profesión llegando a sanar el cuerpo físico a través de acariciar el alma de quienes recurrían a vos. Gracias por el legado en el final de tu camino, donde seguiste enseñando al dejar en claro la aceptación del otro lado de la moneda, que en una cara dice Vida y en el otro, Trascendencia.

Dr. Germán Cipulli



Por Liliana Farah

En Rosario, ciudad de voces y memorias, tu nombre Germán, se eleva como un faro. Médico del cuerpo y del alma, maestro de ciencia, hombre de bondad infinita.

Te llamaban "Chipi" y en ese apodo palpitaba la ternura de quienes te conocían, la confianza de los colegas, la gratitud de pacientes, el orgullo de tu familia. No solo curabas con victoria y saber, curabas con palabras, con la sonrisa que quiebra el miedo, con la paciencia que calma la espera, con la certeza que la medicina es un acto de amor, antes que de técnica, el Hospital Centenario guardará tu huella, las aulas aún resonarán con tu voz de maestro, la Universidad será testigo de tu legado sembrado en cada alumno, en cada residente que aprendió de ti, que el conocimiento es servicio y que la ciencia se engrandece cuando se vuelve humana.

La vida te sorprendió en un gesto heroico: tus manos acostumbradas a sanar, se extendieron una vez más para ayudar y en este acto quedaste inmortalidad, porque Morir dando auxilio, es vivir para siempre en la memoria.

Tus hijas heredaron no solo tu apellido, sino la dignidad de tu ejemplo, en ellas germinará tu ternura y en cada mirada suya, volverá a latir tu corazón generoso.

German Cipulli "Chipi" de los tuyos, hijo de Rosario y de la Solidaridad, cada vida tocada por la tuya, te nombra, te recuerda y te honrará por siempre.

Autora: Liliana Farah Escritora, Embajadora de Paz, Pte Fundadora del Grupo de Escritores, Poetas y Artistas Nacionales e Internacionales G.E.P.A .N Internacional.

Dr. Germán Cipulli



Por María de Luján Moreno

Recrear en la memoria
el cruel dolor de la ausencia
para que pase inadvertido
el tenue llanto del silencio.
Efímero es el tiempo
como la desdicha que abruma,
cortejando el duelo
en el otoño de la existencia.
Fuiste protector de la vida
con manos que hicieron el milagro.
Héroe sin capa,
Sólo con delantal blanco
e impecable sabiduría.
Salvar vidas fue tu lema,
hasta que te devoró el abismo
y todo se oscureció de repente.
En instantes la muerte
se hizo presente,
y tu recuerdo trasciende,
más allá de lo universalmente vivido.

Dr. Germán Cipulli



Por Norma Iris Gustin

Una historia, una vida dedicada a los demás.

El 5 de junio del 2023, hace apenas dos años, el diario La Nación impactaba con la noticia del fallecimiento del Dr. German Cipulli, ginecólogo de renombre en la ciudad de Rosario.

El médico era docente en la Facultad de Medicina, Presidente de la Asociación de Mastología, Integrante del cuerpo médico del Hospital Centenario y en la Asociación de Ginecología y Obstetricia. Además ginecólogo de un Instituto Privado. Un suspiro cargado de realizaciones prestigiosas, en vida.

El Dr. Dardo Dorato de la Asociación Médica de Rosario, colega y amigo personal, anunció la noticia de la tragedia ocurrida.

El doctor Cipulli, el Chipi como le decían, cayó desde el segundo piso hasta el tercer subsuelo del edificio torre Palma de Paraná, mientras trataba de ayudar a una vecina que había quedado atrapada en el entrepiso. Al tratar de abrir la puerta del ascensor, en el impulso, se hundió en el hueco oscuro del ascensor. Nada se pudo hacer para reanimarlo.

Un parpadeo de vida frente a la descarnada muerte. Había llegado su momento, su trabajo en la Tierra se había cumplido. En otro plano se necesitaba de su sapiencia.

Dr. Hernaldo **Crisci**



Por Oscar Crisci

Sus pasiones dominantes.

La primera pasión fue su familia, la soñó grande, unida, acogedora, y para ello lo que hizo fue sencillamente ser un padre dedicado, compañero, admirador de sus hijos y un esposo ejemplar. Esto se dice fácil, pero hay que serlo: recordamos las veces que era el único padre en una mañana helada de domingo viendo a su hijo de 13 años jugar al rugby o visitando todas las tardes después de la clínica a su papá, ya hemipléjico, al que le contaba todo, como si le entendiera...

Su segunda pasión era su profesión de médico y alergista. A través de los años hemos encontrado con orgullo innumerables pacientes que lo consultaban como médico y terminaban queriéndolo como persona (está claro que había algo más que medicina en esa relación). Se formó con esfuerzo, viajando todas las semanas en tren a Buenos Aires, cuando ya tenía tres hijos a cuestas. Y esa pasión por formarse le duró toda la vida: lo recordamos cuando ya casi no veía, leyendo con dos anteojos y una lupa el último número de un Journal de Alergología en inglés, idioma que no le resultaba fácil, ya que él había estudiado francés.

Una tercera pasión fueron sus discípulos. A todos los conocíamos, porque su relación no terminaba en el Hospital, mi padre seguía hablando de ellos en la cena o en el almuerzo, porque en realidad él estaba metido en sus vidas y ellos en su corazón. Creo que es justo que el Centro de Alergia del Hospital Centenario lleve su nombre.

Otra pasión fueron las sociedades científicas, la Asociación Argentina de Alergia, la del Litoral, todas las del interior, esa era una necesidad de hacer algo que trascendiera lo propio, se insertara en lo público y permanezca para los que vinieran. Esta impronta está claro que la marcó a fuego tanto en sus discípulos como en sus hijos y nietos.

Por último, la pasión que engloba todo era su fe cristiana.

Supo ver que en esas cosas que él amaba: su familia, su profesión, sus discípulos, su país, allí, y no en otra parte, lo esperaba Dios para que le fuera fiel.

Así es que tuvo su gracia final. En sus dos últimos años casi ciego (iba a la clínica caminando cerca de la pared para no tropezar) y enfermo de un cáncer doloroso, no se le escuchó una sola queja, como si expiara anticipadamente sus errores. Así se lo llevó Dios como el jardinero que corta la flor en su apogeo.

Por eso es justo que hoy lo recordemos, como padre, como profesor, pero sobre todo como maestro, como alguien en el que vale la pena mirarse.

Dr. Norberto **D'Alessandro**



Por Andrés Falessi

Algunos seres especiales llegan tarde a nuestras vidas y se marchan muy temprano; eso nos pasó querido amigo Norberto.

Forjamos una amistad sustentada en el respeto mutuo y en la confianza plena.

Generoso y desinteresado me permitiste conocer tu obra, tu espacio, tu gente.

Trabajador metódico, incansable, dueño de una visión particular, novedosa y llena de significado.

Te fuiste amigo dejando un baúl lleno de recuerdos, de largas charlas y de frío y aguado café.

Transformaste con tus palabras y algunas veces con tus silencios, los momentos compartidos.

Tu partida no fue anunciada. No hubo despedida y es por eso que todavía te espero.

Sé que estás en un lugar que debe parecerse mucho al cielo, a ese cielo que te mereces por ser tan buena gente.

Te apareciste en sueños para decirme que todo estaba bien y yo te creí.

Agradezco a la vida tu paso por la mía.

Me honraste con tu amistad.

Sin darte cuenta querido amigo, me hiciste mejor persona.

Dr. Carlos Alberto Delaux



Por Gloria Carmen Riottini

7 de noviembre de 1973. Estoy sentado upa de mi mamá, vamos en un coche en movimiento. Ella me abraza fuerte, me da un beso y siento como una lágrima saladita me rueda por el cachete. Recién estuvimos viendo a un doctor. ¿Por qué llora mi mamá?

Un año antes, mi llegada al mundo no había sido sencilla, es que se me esperaba para vísparas de reyes y me presenté un 9 de noviembre de 1972, frío y muy ventoso.

Nací en la Cruz Azul. A las 09,00. Aún no me había ubicado en el canal de parto, por lo tanto, salí al mundo de caderas. Pesaba 1 kilo y medio, mis pulmones estaban inmaduros. El pronóstico era reservado.

Por la tarde me trasladaron al sanatorio Británico, que no tenía en esos años sala de neonatología -ningún sanatorio la tenía aún-. Por lo tanto, quedé instalado en una salita individual dentro de una incubadora.

Durante esas primeras horas, no solo mis parientes sino los amigos y hasta los compañeros de oficina de mis papás, todos, pasaron a verme. Decían que era muy lindo, “un muñequito” sobre todo, creo, por mi tamaño.

Seguramente alguien debió poner orden, porque empecé a ser tratado con todos los cuidados que requiere un prematuro y fui madurando de a poquito.

A los 16 días de internación me dieron el alta para seguir creciendo en mi casa. Cuando recién llegué, me ponían bolsitas de agua caliente en la cuna, para mantener mi temperatura estable; pero rápidamente el clima hizo que fuera innecesario. En ese momento conocí a mi doctor que me acompañó por años.

Debía ser un profesional que hiciera visitas a domicilio. Alguien recomendó al Dr. Delaux. Venía todos los días a verme y cobraba, nada más, una orden de consulta de la Obra social.

Me auscultaba y pesaba en una balanza que el farmacéutico de la esquina le había prestado a mi abuela, hasta que logré el peso mínimo deseado: debía aumentar 30 grs por día. Yo hice mi parte: un mes aumenté más de 2 kg. A los 3 meses era ya un bebé robusto.

Cuando tenía 10 meses de edad, por una mejor oportunidad de trabajo para mi papá, nos trasladamos a San Fernando del Valle de Catamarca. No llegaron a pasar dos semanas y me enfermé: tenía una diarrea que no pasaba. Consultamos a un pediatra del lugar, pero yo no mejoraba, entonces, sin pérdida de tiempo, tomamos el colectivo de vuelta.

Viajamos toda la noche. En la ciudad de Córdoba, debimos parar para que me colocaran una inyección: la diarrea era muy intensa y la temperatura muy alta.

Desde la terminal fuimos directo a la casa del doctor. Él me vio, e inmediatamente se comunicó con un bioquímico (el Doctor Scignia) y solicitó estudios de laboratorio de urgencia, su diagnóstico fue: síndrome urémico hemolítico.

Nuevamente internado durante algo más dos semanas, todos los días me hacían estudios de laboratorio y me ponían inyecciones, lo que dolía y angustiaba mucho a mis papás, pero, me habían tratado muy a tiempo y no tuve anuresis.

Estoy por cumplir un año y, esta tarde por indicación de mi doctor fuimos con mamá a ver a un médico urólogo en el sanatorio Parque. Llevamos la carpeta con todos los estudios, es simpático, pero no sé qué le dijo. ¿Por qué llora mamá?

El auto se detiene frente al consultorio del Doctor Delaux. Entramos, escucho a mi mamá. No entiendo lo que dice, pero está triste y nerviosa. “El urólogo quiere internarlo el fin de semana en el sanatorio para un chequeo, pero ¿es necesario? ¿No pasó ya por mucho? En dos días, es su cumpleaños ¿nuevamente internado?

¡No, de ningún modo!, dice mi doctor con ese vozarrón que no me asusta. Toma el teléfono negro que tiene sobre el escritorio, habla y no vuelvo a ningún sanatorio. ¡Habrá fiesta de cumpleaños!

Yo era una madre muy joven y primeriza. Admiré y confié totalmente en el doctor. Tuve mucha suerte de conocerlo, mis hijos la tuvieron.

Fue el pediatra de Federico y Ana Paula durante años. Atendía al mediodía en un consultorio en barrio Echesortu y, por la tarde en su domicilio en la calle Italia al 1100. Siempre a sala de espera llena, sin turnos anticipados.

En los horarios intermedios y, muchas veces, por las noches, hacía domicilios.

También era docente en la facultad de medicina, para entonces, Profesor adjunto en la cátedra de Pediatría de la UNR.

Era muy de izquierda. Vivió y ejerció su profesión acorde a sus ideales.

¡Eternamente agradecidos Doctor Delaux!

Dr. Juan Ángel Della Bianca

Por Mariana Della Bianca

Las Gratitudes.

Era Navidad del año 1984, creo, y llegó el momento del brindis. Mi viejo levantó la copa y dijo:

“Gracias Raúl”

Mi tío, que se llamaba Raúl, respondió:

“De nada”

Papá lo miró sorprendido:

“A vos no, lo dije por Alfonsín”

Tanta era la alegría y la esperanza que este hombre había generado, que estaba presente en nuestra mesa familiar. Tanta era la expectativa, que mi viejo, que nunca confiaba demasiado en nadie, creía en este hombre. Y confiaba en una manera en que pocas veces lo había visto confiar.

Hoy 2 de Abril, feriado por motivos que tristemente recordamos, día lluvioso y otoñal, Alfonsín está otra vez en la casa, en el corazón y en el recuerdo de todos. Después de tanto tiempo, tanta vida, tanto dolor y tantas alegrías me doy cuenta que en algún punto mi viejo se sentía identificado con él y me pregunto ¿Por qué?

Puedo aventurar una respuesta. Alfonsín, como mi viejo, son una especie de hombre en extinción. Desgraciadamente. Eran de esos hombres que sienten pasión por lo que hacen, que se comprometen profundamente. Que no deciden lo que van a hacer con sus vidas sacando cuentas. Parece que dentro de sí tuvieron un fueguito, un gran amor -¿por qué no?- por su trabajo. Desde ese lugar se involucran con una manera coherente y honesta de vivir y de relacionarse con la gente. Respetan a los otros más allá de las diferencias económicas, sociales, culturales. Por eso son queridos y respetados. Han sido unos privilegiados. La vida les regaló la capacidad de descubrir qué es lo que querían hacer, la capacidad de encontrarle un sentido profundo a su quehacer cotidiano. El sentimiento dignificante de hacer lo que haces por algo que vale mucho más que el dinero. El sentido de la responsabilidad, del estudio, de la preocupación por querer hacerlo todos los días un poco mejor.

Saben tratar con la misma naturalidad a expertos políticos, profesionales de renombre, que al hombre más simple y rudimentario.

Tienen la sensibilidad y la inteligencia para hablar de lo que saben, y cuando no saben, callar y escuchar, sin sentirse ni más ni menos que nadie. No miden sus gestos, sus palabras, sus actos, cuando están en el momento y en el lugar indicado para tender una mano. Luchan contra las injusticias de la vida y de la realidad, hasta donde pueden. Y cuando ya no pueden más, simplemente la aceptan. Porque son hombres y no dioses, aunque a veces les gusta creerlo.

Se hacen querer. Por eso hoy todos lloramos un poco.

El mundo cambió tanto en estos últimos años, que estos hombres son una especie en extinción. Y así estamos.

Le agradezco a Alfonsín, pero más a vos papá, este legado, que es mi mayor y mejor herencia. Que me sirvió y me sirve para hacer mi camino.

Dr. Ramón B. Díaz



Por María del Carmen Díaz

Pasillo de hospital,
Sala de Hombres,
y una luna riojana
dentro tuyo,
que a floraba en tu voz
y entre tus manos
en el ritual antiguo
de los símbolos.

Era calmo tu andar
de puma arisco,
firme pero serena tu
mirada,
que guardaron celosas
las glicinas
que adornaban los patios
con calandrias.

Ya no se oye tu voz
entre las camas,
el nombre de tu sala
hoy es olvido,
y hay una laxitud
sobre tu alma
que fluye de dolores
contenidos.

Misterios de la vida
y de los tiempos,
conjunción de la ciencia
con lo humano,
siempre
tendré tu nombre
entre mis labios
porque aprendí, papá,
a dar mis manos.

Dr. José S. Dotta



Por Alejandro José Dotta

José Santiago Dotta nació en Rosario el 19 de marzo de 1908. Cursó la educación primaria en la escuela de Isaac Newell, cuyos exalumnos dieron nacimiento al Club Atlético Newell's Old Boys. La escuela secundaria la hizo en el Colegio Nacional N° 1. Ingresó luego a la Facultad de Medicina de la entonces Universidad Nacional del Litoral, actualmente de Rosario, de la cual egresó el 19 de marzo de 1933 con el diploma de Médico Cirujano, título que se otorgó a los egresados hasta la década de 1960. Cuando estaba en quinto año, ya decidido por la especialidad que quería ejercer, comenzó a concurrir como practicante al Servicio de Urología del Hospital Italiano Garibaldi, cuyo titular era un médico boliviano llamado Landívar. En 1932, cuando le faltaban dos materias para terminar la carrera, el Dr. Landívar tuvo que volver a Bolivia repentinamente, dejándolo a cargo del Servicio, situación que fue aprobada por el Consejo Directivo del Hospital. ¡De manera que se dio el raro caso de que fue jefe de servicio antes de ser médico! En esa época conoció y trabó amistad con otro urólogo, que internaba en el Policlínico Italiano sus pacientes quirúrgicos; se trataba del Dr. Ricardo Ercole, y entre ambos, en los años siguientes, construyeron los cimientos de la Urología rosarina. En 1940 se une a él el Dr. Tomás Delporte, integrando ambos una sociedad que perduró hasta su retiro. Cuando el Dr. Ricardo Ercole asumió como Profesor Titular de la Cátedra de Urología lo convoca y se incorpora como Profesor Adjunto, cargo que ocupó hasta 1969. En 1940 un grupo de médicos, entre los cuales estaban él y el Dr. Delporte, funda el Sanatorio Americano, actualmente entre las más distinguidas instituciones de Rosario. Ambos se asocian también a la Sociedad Argentina de Urología, con sede en Buenos Aires; concurrían a las reuniones mensuales un mes cada uno, fijándose un viático de 50 pesos para cada viaje. Fue también miembro fundador y presidente de la Sociedad de Urología de Rosario. También fue miembro fundador de la Confederación Argentina de Urología en 1966, y presidente de la misma en 1969-70. Tuvo desde muy pronto vocación docente, habiéndose formado a su lado varias generaciones de urólogos (entre ellos quien escribe estas líneas) y siempre entendió además, aún en una época en que la medicina era una profesión muy individualista, las ventajas de formar equipos de trabajo. En 1947, después de una visita formativa a un Hospital en EEUU, introdujo en Rosario la cirugía urológica endoscópica. Fue también socio del Círculo Médico de Rosario, en una época en que las reuniones mensuales eran integrales, no separadas por especialidades. En 1966 fue designado Cavaliere della Ordine del Merito de la Repubblica Italiana, por su actuación en el Hospital Italiano. Al retirarse dejó sucesores que mantuvieron su espíritu docente, formando varias generaciones de urólogos que actuaron en Rosario y en otros lugares del país. Se retiró de la profesión en 1982, y falleció el 25 de octubre de 1988.

Dr. Lázaro Ekdesman



**Por Victoria B. Ekdesman de Regueira
María Cristina Pino**

Primera aplicación de Penicilina en Rosario.

A mediados de los años cuarenta el Dr. Lázaro Ekdesman (1910-1997) rosarino, médico general y Endocrinólogo, solicitó con urgencia por primera vez en Rosario una porción de Penicilina para aplicar a una paciente suya que sufría de endocarditis subaguda a estreptococo viridans.

Recibió la cuota fijada por EEUU en la Argentina a través de la comisión oficial de su distribución con sede en Capital Federal que se basaba en el reparto equitativo.

Fue enviada por ferrocarril desde Buenos Aires a Rosario.

Mi padre, el Dr. Ekdesman, fue a recibirla acompañado por su amigo el Sr. Mauro Sebastián Pino, padre de mi amiga María Cristina Pino, a la estación de trenes equipados de un adecuado estuche de conservación del frío.

El tratamiento fue exitoso.

La nota del evento fue publicada en periodico local de Rosario. Tengo guardado el recorte de la publicación del diario.

Por supuesto que tanto mi amiga y yo lo hemos escuchado directamente de nuestros padres.

Dra. Victoria B. Ekdesman de Regueira.

Sra. María Cristina Pino.

Dr. Héctor **Fernández Paredes**



Por Gustavo Bianchi

Me observaba desde lejos, suspendido en el espacio, flotando en una atmósfera desconocida; con el torso desnudo y una máscara de oxígeno cubriendo parte de mi rostro pálido y desdibujado. Me acompañaban personas con vestimenta blanca, de las que solo veía sus ojos. Las miradas inquietas se cruzaban por arriba de sus barbijos. Uno de ellos marcaba mi piel, por donde el bisturí abría el tejido. Por un instante mis ojos se nublaron y todo se detuvo. Hoy me encuentro escribiendo estas líneas en la sexta habitación del tercer piso del Hospital.

Siempre hay un mañana.

Dr. Jorge L. Francesio



Por Soledad Francesio

ROSARIO 31 de enero de 2020.

SALA DE GUARDIA «Dr. JORGE LUIS FRANCESIO» HOSPITAL DE NIÑOS DE ROSARIO.

La sala estaba llena, me daba no sé qué sacar la cámara delante de tantos niños, niñas y sus familias allí esperando. Por un momento imaginé a mi padre atendiendo, su presencia me conmovió. Me vinieron los recuerdos amorosos de sus compañeros que destacan su calidez y compromiso con su profesión. Me fui con una sensación extraña difícil de describir, como si algo de mi padre permaneciera en ese lugar. Pensando qué poderosas son las marcas para mantener viva la memoria.

BUENOS AIRES, 30 de enero de 2022.

Todos los años me viene el recuerdo de este momento, como si quisiera retenerlo por siempre en mi corazón. Y como es la memoria siempre viene con algo diferente, algo que habíamos olvidado decir... Es el fotógrafo, estaba allí entre la multitud, me vio intentando hacer una especie de selfie pero con la cámara, algo difícil de lograr con los equipos viejos que pesan una banda. Se acercó y me dijo “¿Querés que te saque? Soy fotógrafo”. Era tal la conmoción... Sólo atiné a decirle, “Dale gracias, el de la placa era mi papá”. Sacó la foto y nos fuimos, nunca supe su nombre, ni llegué a contarle la historia. A lo mejor con esto de las redes y ese modo que tienen de hacer circular la información algún día llegue a él con este mensaje, para agradecerle por este registro de un momento único e irrepetible, que me permitió -aunque sea por un instante- imaginar a mi padre vivo, ejerciendo una de sus grandes pasiones, su profesión. Ese amor por el otro y por la vida que lo hacían a él también tan único como irrepetible.

Jorge Luis Francesio nació el 3 de junio de 1943 en Rosario. Era médico pediatra. Trabajó en el Hospital de Niños “Víctor J. Vilela” y en dispensarios en villas de emergencia y barrios periféricos. Sus compañeros y compañeras lo describen como un hombre alto y serio, pero muy dulce y muy querido por todo el mundo. Una persona muy inteligente, a la que le encantaba jugar fútbol. Era fanático de Central.

Comprometido con la realidad de su época, Jorge combinó su profesión con la militancia. El 13 de junio de 1973, durante la presidencia de Cámpora, fue designado Director General de Hospitales en la Secretaría de Salud Pública de Rosario. Militaba en Montoneros. Fue secuestrado y desaparecido por el Terrorismo de Estado en septiembre de 1977. Tenía 34 años. Con el regreso de la democracia sus compañeras y compañeros gestionaron la colocación de una placa con su nombre en la Guardia del Hospital de Niños en su memoria.

Dr. Edmundo S. Galván



Por María Graciela Galván

Recuerdo aquella noche de fin de año. Mientras la ciudad estallaba en festejos y bengalas, mis hermanas y yo, acaloradas y molestas, esperábamos dentro del pequeño auto. Mi madre en un intento vano de calmarnos, terminó con un reto. No entendíamos de justificaciones, no entendíamos que nuestro padre estuviera en el quirófano del Hospital de Emergencias, tratando de salvar la mano de un chico, herido por encender un petardo. Siendo niñas el tener un padre médico y encima cirujano proctólogo nos generaba sentimientos contradictorios: orgullo y fastidio, máxime como decía mi abuela – “casado con su profesión”.

En casa la medicina y la anatomía formaban parte de nuestra cotidianidad. Entre tantas anécdotas risueñas, perdura la de mi hermana menor. Un domingo soleado papá disfrutando hacía el asado, ella jugaba con una vecinita. En un momento se acercaron a la parrilla y con total naturalidad señalando chinchulines y tripa gorda trenzadas, le explicó a su amiguita – “ves, eso es lo que mi papá opera”. Todas nos quedamos en silencio, él agarró una bandeja y colocó parte de la parrillada para luego tirarla a la basura.

Con los años, al transitar yo los espacios académicos, dimensioné sus logros como profesional y docente en la Universidad de Rosario. De su dedicación por la investigación y la enseñanza; por la pasión y la coherencia en su desempeño en las distintas instituciones en las que trabajó. Es difícil sintetizar su extensa carrera pese a su fallecimiento a los 57 años.

Se graduó de médico cirujano en la Universidad Nacional del Litoral en 1945, formando parte del grupo de discípulos del Dr. Enrique Roncoroni en el Hospital “Marcelino Freyre”. Posteriormente se trasladó a Roque Sáenz Peña -Chaco- para afianzarse económicamente y logrando una gran experiencia como médico rural. Al regresar a Rosario inició una prolífica carrera especializándose en Proctología; participando de congresos, siendo miembro de sociedades científicas, realizando importantes investigaciones que aportaron conocimientos a su especialidad con reconocimiento internacional. Pero nunca olvidó sus orígenes humildes, por eso también le preocupó la Salud Pública. Llegando a desempeñarse como Director interino del Hospital de Niños “Víctor J. Vilela”; como Jefe por concurso, del departamento de Cirugía del “Hospital Municipal Dr. Clemente Álvarez” y finalmente como Jefe, por concurso, del Servicio de Cirugía General del Hospital provincial “Dr. Marcelino Freyre” hasta su fallecimiento. Mi madre colgó diplomas, menciones y premios en las paredes de su casa. Objetos cargados de significados, permitiendo que sus nietos y nietas conocieran el hacer del abuelo médico.

Apelo a la evocación que de él hiciera el Dr. Mario Piazza, publicada en la Revista del Hospital Freyre en el año 1976: *“Galván elevó el nivel de la cirugía proctológica en nuestro medio y su zona de influencia y en el país a través del aporte de nuevas técnicas quirúrgicas, de su enseñanza, de sus cursos que se destacaron por su nivel, su practicidad y por el número de asistentes. Fue una autoridad en la especialidad y reconocido como tal en los foros proctológicos latinoamericanos.”*

Dr. Julio O. Gambandé



Por María Fernanda Bartos

Cuando yo era bebé tuve el mejor pediatra de Rosario, el Dr. Julio Gambandé. Nací con una cardiopatía congénita (Tetralogía de Fallot).

El Dr. siempre les decía a mis padres que a la hora que sea, si yo me sentía mal, que lo llamen.

Siempre tan bueno, tanto como médico, como ser humano, que siempre ha dado todo por los demás.

La última operación de corazón que me realizaron, cuando volví a mi casa me agarró un gran dolor de garganta que no podía tragar, generada por la tristeza del momento, de haberme encontrado entre tantos médicos desconocidos para mí, mi madre lo llamó, me vino a ver, y automáticamente se me pasó todo. Al otro día para alegrarme se apareció en casa con sus hijos para que jugaran un rato conmigo. Así siempre fue, un padre para todos sus pequeños pacientes.

Recuerdo que siempre me decía, a vos te voy a atender hasta que tengas 40 años. Justamente cariñoso siempre conmigo y mi familia.

Hoy con mis 41 años siempre lo tengo presente en mis recuerdos como el médico generoso, paciente y amoroso.

Cuando uno es chico ve a su pediatra y es como que sanara y curara rápidamente.

Siempre lo tengo presente en mis oraciones y no me olvido ni de su fecha de cumpleaños ni el día del médico, por su cariño, su entrega hacia cada paciente y su bondad.

Dr. Celestino **González García**



Por Marcela González García

En el marco del presente Café de Tertulias Literarias organizado por la Asociación Médica y la Municipalidad de Rosario, se me encomendó escribir una semblanza de mi padre, el Doctor Celestino González García.

La propuesta me asustó. ¿Cómo enfocar la vida y carrera de un hombre tan polifacético en solo una página?

¿Debería referirme a sus logros académicos, entre ellos, haber ganado dos concursos de Profesor Titular? ¿A su destreza quirúrgica reconocida por muchos colegas que compartieron quirófano con él? ¿Al ambiente distendido que generaba al cantar tangos durante sus cirugías? ¿A su prodigiosa memoria y esmerada instrucción?

Estaría de más mencionar sus dotes de cuentista, afición por la cual la misma Asociación Médica de Rosario lo premió en varias ocasiones.

Durante mis años de actividad profesional, me crucé con numerosos profesionales y trabajadores de la salud, así como pacientes, que trabajaron y conocieron a mi padre. Muchos de ellos me expresaron algunas de las virtudes antes mencionadas, con más o menos énfasis. Pero todos concluyeron con la misma frase: su padre era un gran tipo.

Hijo de humildes inmigrantes españoles, alcanzó objetivos enormes, tanto en lo profesional como en lo humano, y logró un status de excelencia.

Desdeñoso de los homenajes y adulaciones, conservó durante toda su vida una actitud honesta y empática con cada persona a quien aceptó como paciente.

Amante padre de familia, leal amigo y estudioso incansable, logró el reconocimiento de todos quienes tuvieron la suerte de conocerlos.

Concluyendo este intento de semblanza, me quedo con la más simple y ajustada frase, la que hago extensiva a su hermano cardiólogo:

Mi padre, Celestino, Tino para los más cercanos, y su hermano José, mi entrañable tío Pepe, fueron dos grandes tipos.

Dr. Ernesto Grichener



Por Celia E. Werber

El Dr. Ernesto Grichener fue mi abuelo y, además de compartir con ustedes las hermosas huellas que dejó en mi memoria, quisiera presentar un currículo abreviado de él, que, ¡vaya si lo tenía!

Fue médico, recibido en la Universidad Nacional del Litoral (hoy Facultad de Ciencias Médicas de la UNR). Fue docente de dicha Facultad, siendo Profesor Titular y jefe de la Cátedra de Microbiología y Parasitología. A él le encargó la Asociación Argentina de Microbiología que organizara la filial Rosario. Lo hizo y fue su presidente entre los años 1963 y 1973. Dictó cursos en Argentina y fuera del país. Tenía un laboratorio de análisis donde además elaboraba la vacuna contra la Brucelosis, que le compraba el frigorífico Swift de Rosario, salvando a tantos obreros de dicha enfermedad.

En el laboratorio de mi abuelo trabajaban sus 3 hijos: mi mamá, que era Farmacéutica y Bioquímica, mi tío que era Médico Anatomopatólogo y mi tía que era la secretaria; mi abuela cebaba mate (¡¡de leche con azúcar!!). Era una empresa de familia y yo pasé buena parte de mi infancia viéndolos trabajar. Sacar sangre, usar el microscopio, esterilizar jeringas, centrifugar muestras, etc. El olor a éter lo recuerdo como si fuera hoy...

Era un profesional al que le gustaba su trabajo y lo recuerdo con su chaquetilla blanca siempre impoluta, su peinado a la gomina gracias a Lord Cheseline, su sombrero Borsalino, además lucía bigotes que eran su marca distintiva. Todos los médicos que hoy tengan más de 75-80 años lo tuvieron de profesor. Hasta hace 20 años atrás, no había médico al que no le preguntara si recordaba al Dr. Grichener, de la cátedra de Microbiología, y todos me respondían con mucho respeto que había sido un inolvidable profesor y excelente persona. ¡Qué orgullo, contar que era mi abuelo!

En su casa, junto con mi abuela, organizaban alegres reuniones para sus colegas y amigos donde todos disfrutaban la amistad.

También reunía a la familia: sus 3 hijos y 8 nietos. Qué hermoso recordarnos a todos juntos, con salud, juventud y alegría. Tiempos distintos donde grandes y chicos disfrutábamos la compañía familiar, las charlas en la mesa y los juegos entre primos. No éramos los “Campanelli”, éramos una familia rosarina dichosa de reunirse.

Ahora que soy adulta, cuántas cosas quisiera preguntarle... Él falleció cuando yo tenía 14 años y fue el primer abuelo en dejarnos... Siempre que pienso en él, me recuerda física y moralmente al Gral. José de San Martín, canoso, con bigotes y haciendo de la ética su forma de vida...

¿Cómo un inmigrante rumano como él llegó a convertirse en un médico de tanto prestigio? Esto sólo fue posible en Argentina, donde las personas con perseverancia, trabajo y voluntad podían llegar a donde quisieran... No sin también luchar contra personas mediocres que siempre las hubo...

Merced a los resultados de los análisis realizados por él, ¿cuántas buenas y malas noticias habrá revelado? Embarazos, anemias, infecciones, parásitos, enfermedades, cánceres, etc. Cuánta gente habrá concurrido al laboratorio con miedos, esperanzas, alegrías y temores... Pero en él encontraban a una persona humana, que los trataba como tal, ya que siempre tenía una palabra de aliento. No dependía de máquinas para su trabajo, recuerdo el mechero Bunsen, la esterilizadora, la centrífuga, el microscopio, las tiras de reactivos, el micrótopo... En fin, el lado humano de la medicina que cuesta tanto encontrar hoy. Por eso no hay que desalentarse y debemos valorar a los médicos que siguen siendo humanos, sin olvidar que su trabajo debe ser bien remunerado y respetado.

A través de estos 300 años de historia de la ciudad de Rosario, ¿cuántas personas, que, a pesar de haber logrado invalorable cosas por la ciudad, permanecerán anónimas, al no tener nadie que relate su historia? Por eso quise compartirles parte de la vida de mi abuelo.

Dr. Jaime Grin



Por Viviana Esther González

Latido eterno.

En Rosario dejó su huella,
Jaime Grin, médico y profesor,
con ciencia clara y alma bella,
curó con manos y con amor.
En la UNR sembró saber,
formando mentes con vocación,
y en el Hospital Centenario supo ser
guía firme en cada ocasión.
Impulsó el proyecto San Jaime,
quimioterapia con compasión,
dosis suaves, lucha sin cuartel,
y la esperanza como dirección.
Reposicionó fármacos con ingenio,
rompiendo moldes con humanidad,
sus colegas lo llamaban Maestro,
sus pacientes, Paz y Dignidad.
Hoy su nombre vive en cada aula,
en cada historia que quiso sanar,
porque Jaime fue más que un doctor:
fue un corazón que supo abrazar.

Dra. Mirta **Guelman**
Dr. Eduardo **Javkin**



Por Pablo Javkin

SOBRE MIS PADRES, los médicos Mirta Guelman y Eduardo Javkin.

Quizás por tradición judía, o por pasión militante o probablemente por devoción científica mi mamá Mirta me dejó claro desde temprano que importan mucho más las preguntas que las respuestas.

Cuidaba sus libros tanto como a nosotros. En realidad los celaba porque por dentro se llenaban de notas al pie, subrayados intensos y con el tiempo de post it o como se llaman de variados colores, en una clasificación impenetrable que se llevó con ella o que nos heredó como enigma.

Chiquita y rigurosa, antes de las seis, con el tiempo bastante antes, ocupaba el escritorio con su café con leche y sus libros. Y leía y escribía, a mano, a máquina, a máquina eléctrica, a golpes de teclado.

Cerquita de ahí el piano, el que hoy cuida su nieto Matías, y en el que tocaba recta y concentrada. La polonesa de Chopin, la sordera de Beethoven y las pasiones de Mozart con las que navegaba del rigor de su casa a la placidez de sus amaneceres de río.

Año tras año su vocabulario incorporaba todo lo que absorbía de sus lecturas. Palabras, autores o disciplinas.

Ebiatría, epigenética, prigoyine, sloterdijk, la geometría o la filosofía. Porque así le gustaba dividir a las palabras. Partidas por sus conceptos, unidas por guiones, una suerte de pedagogía confuciana que usaba siempre en sus cartas de lectores o en sus notas cuando el tiempo de las redes.

Mi papá Eduardo respetaba con rigor el ámbito sagrado del rincón de ella. Su parte de la biblioteca eran los tomos de Clínica médica, o la acumulación de números del Lancet. La intersección de los dos bloques el único lugar con cobertura de vidrio que guardaba las ediciones primeras o segundas de los libros de Neruda o de Tejada. Jamás lo vi escribir o subrayar un libro ni ponerle un sticker. Eso en casa quedaba reservado siempre a mamá.

Tal cual ella me lo advirtió, hoy cambió todo. La relación espacio tiempo. La estructura de las revoluciones científicas. La forma de abordar las patologías, el tiempo y modo del diagnóstico, el rito humano y fundamental de la consulta y hasta el imatinib que encontraron juntos en un protocolo, y con el que conviví quince años sin dejar de combatirlo y hacerle trampa cada uno de los días de su particular convivencia.

Me cuesta mucho escribir esto. Lo hago al límite del plazo prorrogado de Jorge. Todavía me siento más partido por sus ausencias que por la forma en que mamá dividía las palabras. Leo y releo sus lecciones para la adolescencia que afloran ahora en Sebastián y Camila. No disfruto tanto los pianos pero sí los amaneceres. Elegí una médica para caminar el porvenir. Y toco cada día sus libros, los huelo, los respiro, los leo pero más sus notas, les muestro las fotos de los años con papá después de ella, y la beso en silencio en cada poema que leo o escucho en este tiempo de templada resiliencia.

Dr. Efrain Hutt



Por Jorge A. Marcipar

El 15/11/2015 el periodista Néstor Juncos publicó en el diario La Capital un reportaje al Dr. Efraim Hutt con motivo de la presentación de su libro *Pensamientos*. Quise recordar a este gran médico con quien compartimos muchas charlas con la transcripción de sus propias palabras.

—¿Cree que la medicina es ahora más humana?

—Veo que el sistema no camina, el mundo no anda, parece una paradoja que en este momento donde es tan fácil comunicarnos sea cuando más incomunicados estemos los seres humanos entre nosotros.

Hace 30 años yo estaba una hora, o una hora y media con cada paciente porque les preguntaba por su familia, por sus vecinos y si tenían trabajo, porque el entorno muchas veces es el que genera enfermedad.

Mientras, seguimos hablando de la gotita de lavandina para el cólera y el cólera se cura con agua corriente y cloacas. Yo estuve cinco años trabajando con los tobas atendiéndolos, y no me contagié de tuberculosis porque estoy bien alimentado, si tuviéramos buena alimentación no necesitaríamos la BCG.

—Toca el tema de la religión en uno de los capítulos...

—Sí, porque soy profundamente religioso, pero no practico dogmas. La religiosidad humana es anterior a la creación de los dogmas confesionales. Viene de los cazadores y recolectores que distribuían los alimentos en sus tribus. Eso era la religiosidad, que para mí es lo mismo que la ética: es el otro. Que yo respete a los demás y no mire como el médico de antes, desde arriba, sino lo que pretende la medicina es mirar de manera horizontal, que miremos a los ojos y nos escuchemos y tengamos compasión, en el sentido de sentir dentro mío lo que siente el otro. Seguramente tendré diferencias con otros. Pero para mí la religión es ocuparme del otro.

—También trata el tema de la muerte en su libro...

—Me pregunto qué hacer con un enfermo terminal. Trabajé muchos años en terapia intensiva. Y si yo tengo una chance en 100 de salvarle la vida, haré todo lo posible para que pueda vivir. La vida digna significa poder relacionarse con los seres queridos. Entonces me la juego. Pero si no tiene posibilidades, lo ayudaré al buen morir con dignidad. Yo quisiera morir en mi casa rodeado de mis seres queridos. Cuando trabajaba en terapia tocaba a los enfermos cuando estaban en coma y les hablaba. Cuando se despertaban ellos recordaban mi voz, por eso uno nunca se sabe cuál es el límite...

Este reportaje se puede encontrar completo en: <https://www.lacapital.com.ar/edicion-impresa/tenemos-que-tener-una-esperanza-activa-n1239163.htm>

Simplemente presenté una mínima parte para cumplir con las bases de esta convocatoria y mantener recuerdo de un gran maestro que predicó con el ejemplo.

Dr. Eduardo P. Kozameh



Por Ernesto Taboada

"Tan bonita como tú",
Margarita,
se oye y se escuchará la voz grave
en el ángulo derecho del cuarto,
el segundo del corredor sur a norte de la sala cuatro del hospital Carrasco.

Los ojos de Margarita, pardos o ámbar, claros
de tanta pena, ardidos de llanto
por las heridas de sus pulmones
se posaron con esperanza
sobre la figura del hombre de guardapolvo.

El dueño de la voz grave
calló un instante, miró a Margarita
inspiró suave, profundo, luego
con pasión y esmero
continuó con el poema de Rubén.

La niña aliviada comenzó a sonreír
sintiéndose la protagonista del cuento.
El profesor, con gesto adusto y noble,
le entregó la estrella para que la sujete a su pecho
y encienda su respiración dañada.

El recuerdo es irrevocable,
Maestro,
tus manos entregaron afectos y, tu inteligencia
experiencias, sendas, recorridos
como apuntes de un artista de la vida.

Ahora, quién sabe, de las balas que encontraron tu cuerpo,
y que te apartaron de nosotros aquel
doce de septiembre de mil novecientos setenta y cuatro.
Sin embargo, inútiles fueron.
Aún tu generosidad y tus sueños nos acompañan.

Así como ofrendaste el poema a aquella muchacha del Carrasco,
lo diste todo a los enfermos,
y a nosotros tus alumnos, como esencia de tu universo,
las estrellas
que iluminan nuestro vuelo.

Dr. Lanfranco Ciampi



Por María Alcira Velázquez

Paipsiquiatra

Salí de la Facultad de Medicina a Suipacha y San Lorenzo. Pasé las puertas enrejadas. Más allá del patio, en el hall, mujeres y niños inquietos a la espera de la consulta. Me pregunté si les habían contado qué era aquel lugar. Uno de los chicos se acercó y me tocó. Les respondí con mi mano en la suya pequeña y pegajosa.

Llegué frente al escritorio donde me inscribí en las clases teórico prácticas de paidopsiquiatría (psiquiatría de niños!).

Tiempo después y por mi interés en el trabajo con los niños ingresé como concurrente, participando en las tareas de la escuela especial anexa a la cátedra, que estaba al fondo del pasillo de ligustro y detrás de las puertas de madera. Actividades con docentes especiales, fonoaudiólogas, psicólogas, y médicos de la especialidad.

En otro tiempo se me propuso coordinar acciones docentes y asistenciales.

Desde allí, andando el tiempo, fui descubriendo y viviendo la historia de paidopsiquiatría.

El psiquiatra italiano Lanfranco Ciampi nacido el 24 febrero de 1895 trabajaba con niños y adolescentes con deficiencias emocionales y orgánicas. Autor con Santi de Sanctis en “Demencia precocísima”.

Agudo Avila lo convocó para la Argentina, a Rosario, donde funda la primera cátedra de neuropsiquiatría infantil -primera en el mundo en ámbitos educativos-, en 1922. Las intervenciones orientadas por la neurología.

En 1928 crea la “Escuela de Niños Retardados Neuróticos”. Funcionaba donde continúa, en la parte posterior del complejo Agudo Avila. En ese tiempo se dieron cursos a maestras diferenciales de acuerdo con la italiana María Montessori.

En 1930, Ciampi publicó “Nosografía” de estas patologías de acuerdo a los perfiles de autonomía de cada niño, pasando de la neurología a lo conductual social dando apertura a la psicología, fonoaudiología y el papel de lo social familiar.

En 1945 en Santa Fe, en esta escuela, se trabajó en reeducación con talleres –algunos productivos–.

Lanfranco Ciampi continuó el desarrollo de la primera Cátedra de Psiquiatría infantil en la Facultad de Medicina de Rosario entre 1927 a 1935 momentos claves del desarrollo institucional.

En 1978 y 1980 se exponen en el exterior los principios de la Cátedra y las producciones de la escuela en congresos en Chile y Cuba.

Murió en Buenos Aires en 1962.

El tiempo es implacable en su ovillado con ideas, teorías, acciones, intentos, logros. En los cuadros de trastornos por déficit de atención con hiperactividad, trastornos de comportamiento, autismos y otras patologías se lograron maravillosos avances y la institución tuvo importantes logros.

Hoy Ciampi, esperando el futuro desde el antes, es posible que nos mire como él sabía hacerlo: a la profundidad de tus principios. Andar el presente y recordar que a veces es bueno cambiar, retroceder un paso, para seguir adelante.

Queda tanto por decir... el espacio no alcanza.

Dr. Osvaldo S. **Laudanno**



Por Claudia Laudanno

Acerca de uno de los padres de la cardio-cirugía rosarina.

La formación de este destacado cirujano cardiovascular, comienza en los años sesenta, en el seno del Hospital Español y, bajo la dirección del Equipo de Cardio-cirugía, dirigido por el Dr. Pablo Benetti Aprosio, quien fuera su mentor y luego socio.

En esos tiempos, y gracias a los consejos del “Tata” Benetti, como así le decían, decidió completar sus estudios, entre las ciudades de Sao Paulo y Río de Janeiro. En la primera de ellas, trabajó en el Incor, dirigido, en aquellos años, por Zerbini. Paralelamente, efectuó intervenciones quirúrgicas en el Hospital de Beneficencia Portuguesa y en el Hospital Das Clínicas, ambos con el objeto de lograr mayor casuística, en intervenciones de niños y adultos con cardiopatías de diverso tenor.

Luego en Río de Janeiro, trabajó bajo la dirección de Maial, otro de los grandes de la cardio-cirugía de Brasil.

Previamente, en 1961, se había doctorado en Ciencias Médicas por la Universidad Nacional del Litoral, antes de ser denominada Universidad Nacional de Rosario.

Durante la década del setenta, trabajó en equipo con Pablo Benetti Aprosio, Luis Busnelli, Ricardo Roffo y la anestesista Zilla de Alberti, conformando la Unidad Coronaria del Hospital Español. Allí, tuvo lugar un hecho histórico para la Cirugía Cardíaca del interior del país. Se trató del primer trasplante de corazón con Cirugía Extracorpórea, esto es, con bomba cardíaca. La misma era manejada y monitoreada por Osvaldo Segundo Laudanno. En ese contexto, de fuerte demanda por operaciones a corazón abierto, con cambio de válvulas y by-pass, la Unidad Coronaria del Hospital Español, se convirtió en el “lugar” de mayor alcance y excelencia, para este tipo de intervenciones quirúrgicas, después de Buenos Aires.

Luego hacia principios de la década del ochenta, se inaugura el Sanatorio I.P.A.M S.A, con una serie de socios fundadores entre los cuales figuraba el mencionado médico rosarino. Con la inclusión de este nuevo centro médico, se podían realizar más operaciones cardíacas y también insistir sobre los estudios vasculares periféricos. De allí en más, se produce un auge de la Flebología, de la cual, Osvaldo Laudanno se convierte en uno de los referentes indiscutidos. En efecto, realizaba sus intervenciones en el Instituto de Cardiología de Rosario “Dr. Luis González Sabathié”, con sede primaria en la calle Corrientes 618 y, luego, a partir del año 2000, junto al edificio del Sanatorio Americano, ubicado en calle Rioja.

Su actividad como médico se desarrolló hasta el año 2005, atendiendo a sus pacientes en el mencionado Instituto de Cardiología de Rosario y muy involucrado con casos de adultos mayores y ancianos.

Al año siguiente, fallece con setenta y cinco años en el Sanatorio I.P.A.M. S.A.

Dr. Luis Malamud



Por José Villar

El Profesor Malamud fue, sin duda, una referencia ineludible en la ciudad, dado su rol como Profesor de la primera cátedra de Obstetricia de la UNR, director del Hospital Alberdi y jefe de Obstetricia. Pero, sobre todo, sabía medicina y la practicaba con arte y afecto; enseñaba con generosidad y, cuando tenía dudas, no vacilaba en preguntar abiertamente. Estudiaba con rigor, escuchaba a todos, y era amable y cercano. Como profesor y director de la Escuela contaba con oficina y aula propias, pero siempre las ponía a disposición de quien las necesitara.

Estuvo, además, del lado correcto de la historia: dirigió la Escuela de Obstétricas, que debió haber sido el futuro de la obstetricia moderna —como ocurre en tantos países europeos—, y formó a verdaderas expertas clínicas. Lamentablemente, la escuela fue cerrada por los “visionarios” de la cesárea. Apoyaba con firmeza a los residentes —entonces apenas “concurrentes”— en todo lo que podía, una gran diferencia con los tiempos actuales. Y como para nosotros era ya “viejo”, no competía con mis otros jefes, de modo que todos quedaban conformes.

¿Qué más se podía pedir?

Fue también mi jefe en mi primer cargo académico en la Facultad de Medicina de Rosario, cuando ingresé como instructor de la Escuela de Licenciados en Obstetricia. Allí me enseñó cosas que hoy parecen casi inauditas. Primero: el arte de la medicina. Yo esperaba con ilusión que me llamara para acompañarlo en un parto o una cesárea, no por el dinero ni por la enseñanza formal, sino por el simple placer de verlo practicar la medicina con entusiasmo genuino. Y segundo, aún más extraordinario: cuando se produjo una vacante de instructor, no nombró a su hijo —tan calificado como yo—, sino que dejó que decidiéramos entre quienes veníamos trabajando ad honorem desde hacía años. Así fue como el cargo terminó en mis manos.

De ese modo, y con ese ejemplo, comencé mi carrera académica, siempre a tiempo completo, hasta hoy. Y si pudiéramos encontrarnos ahora, cincuenta años después, estoy seguro de que se alegraría al verme miembro de la Academia Nacional de Medicina y profesor en la Universidad de Oxford. Me preguntaría, con su curiosidad intacta, aun habiendo sido presidente de los obstetras de la ciudad, qué novedades trae la obstetricia “moderna”. Pero lo más importante es que yo estaría aún más feliz de volver a acompañarlo al viejo Sanatorio Plaza, a un parto junto a sus obstétricas, sin esperar nada a cambio. Solo porque él era, ante todo, un buen médico.

¿Qué más se puede pedir?

Dr. Luis Malamud



Por Leonor Malamud y Julio Malamud.

Recordando la historia de nuestro padre, Luis Malamud, podemos decir que nos dejó un camino por el que transitamos con amor y profundo reconocimiento. Nació en Rosario el 24 de junio de 1910. Terminando el secundario en el Superior de Comercio pasó luego por la Facultad de Medicina recibéndose en el año 1936. Ya casado con Zulema «Chona» Manus se instaló en lo que hoy es la pujante Fisherton, por aquel entonces era irse al campo, por lo que la familia lo despidió con gran angustia debido a lo lejos que se iban. El barrio, con suerte, poseía solo dos o tres calles pavimentadas. Allí decidió quedarse junto a su compañera de vida. Con el cura, el farmacéutico y el almacenero, las fuerzas vivas del lugar, se reunían a charlar y a jugar al truco en el Almacén de Ramos Generales de este último. El primer consultorio, estuvo ubicado en Sánchez de Loria y Calle 5, para luego trasladarse a Córdoba 8285, donde nacimos nosotros. Esa casa luego se transformó en el Policlínico Fisherton, actualmente el Instituto Fisherton.

En los primeros tiempos ejerció como Médico Clínico. Sí, el médico del barrio presente para quien y para cuando lo necesitaran atendiendo a hombres, mujeres y niños, hasta que posteriormente se especializó en «Señoras y Partos» como figuraba la placa de bronce frente a nuestra casa. De esta etapa de su vida tenía graciosas anécdotas que sabía contarles a sus nietos de pequeños: en el Hospital Alberdi comenzó como médico de guardia haciendo las urgencias en las ambulancias a caballo del hospital. Contaba que según las emergencias eran los caballos que ataban, ya que unos eran más rápidos que otros y se usaban para llegar antes a socorrer a quienes llamaban más apurados. O también atender partos a domicilio a donde debía llegar con un *sulky* acompañado por algún familiar de la parturienta para sortear en las chacras, caminos embarrados y perros del lugar que se volvían bravos al escuchar los lamentos de las mujeres en sus trabajos de parto. Académicamente fue Profesor de la Facultad de Medicina, Director de la Maternidad del Hospital Alberdi y de la Escuela de Licenciados en Obstetricia que funcionaba en lo que antiguamente fue la Maternidad Martín. Fue presidente la Asociación de Obstetricia y Ginecología de Rosario (hoy ASOGIR) quedando siempre ligado a la misma.

Era evidente, el suyo no fue un trabajo ni rutinario ni aburrido, pero fue totalmente comprometido con sus pacientes Siempre decía que de volver a nacer repetiría la misma experiencia. Todo lo que hizo, lo hizo feliz: médico de barrio, obstetra, amigo de sus alumnos, amigo de sus amigos con quienes, si le quedaba tiempo, se reunía para jugar al golf y con quienes se distendía para oxigenarse y volver a empezar. Fue distinguido como miembro honorario de la Asociación Médica Argentina. Fue elegido por los alumnos de la facultad como médico acompañante en el viaje que realizó GEMUL 64 a Europa. Estaba orgulloso de haber sido presidente del CAF cuando se excavó a pala la primera piletta de natación del club. Le encantaba escuchar música clásica leyendo novelas de Agatha Christie. Participó activamente, desde su inauguración, del Sanatorio de la Mujer donde siguió atendiendo partos hasta cinco días antes de su fallecimiento a los 78 años, esto sucedió mientras le realizaban una cirugía cardíaca que seguramente hoy se solucionaba con un stent coronario.

Mirando a la distancia somos conscientes y conocedores de la profunda huella que dejó su historia y su figura: el recuerdo de sus pacientes y el orgullo inmenso de nuestra familia de llamarnos Malamud.

Dr. Vicente **Massarelli**



Por Delia Chinellato

Se llamaba Vicente Massarelli.
Andaba presuroso los pasillos
brindando una palabra o su sonrisa
a los padres ansiosos y a los niños.

Al auscultar, luego, a su paciente
entregaba, seguro el vaticinio.
El diagnóstico era tan certero
y el consejo oportuno, tan preciso.

Y si miedos leía en nuestros rostros
no dudaba en mostrarnos en un libro
la explicación ya dada, con ejemplos
que afirmaban lo cierto de sus dichos.

Era tal la calidez que él ofrecía
Y tan profesional su cometido,
que a casa volvíamos calmados
confiando en su palabra... agradecidos.

Los años se llevaron mis infancias
Mas, los adultos que son hoy mis hijos
a menudo, recuerdan a su médico
con gratitud sincera y con cariño.

Médicos Rosarinos



Por Delia Chinellato

No puedo hablar de un médico rosarino
si me llegan, en tropes, tantos nombres:
los que en cátedras discípulos formaron
y en hospitales o humildes dispensarios
afanosos, al paciente se entregaron
Se atiborra de memorias hoy mi mente:
Angel Linares, allá en el Centenario.
En su clínica, Mercau, el dermatólogo
que ejerció la profesión casi a cien años.
Y ese notable cardiólogo argentino
llamado Luis González Sabathié
El ortopedista Antonio Didier
El gerontólogo, Marcos Berezovski
Doctor Carlos Muniagurria, en pediatría,
Ginecólogo, Pedro Figueroa Casas.
Clemente Álvarez luchando con denuedo
porque la tuberculosis amenazaba.
Juan Manuel González en cardiología...
Pero no más nombres
Suenan injusto señalar los que he citado
ya que fueron muchos los que sin renombre
en el silencio fructuoso trabajaron
Con innegable lealtad a sus enfermos.
Y finalmente vaya el homenaje
Para aquellos que en horas de pandemia
en riesgosa labor de CONSULTORIO
entregaron sus vidas, cual ofrendas.

Dr. Augusto **Mercau** (padre)



Por Claudia Marcela López Contino

Médicos de ayer y hoy.

Augusto Mercau, una cuestión de piel. A los 99 años se lo veía llegar con su delantal blanco, alto como él, a la clínica de calle San Luis.

Su conocimiento era enorme como ese amor al hacer y ese trato familiar con los pacientes. Cuando fue un joven doctor transitó por los lugares con Historia en la medicina de Rosario, “La Asistencia Pública”, como decía mi abuelo Francisco Contino, enfermero, que trabajó con él allí y en el Hospital Carrasco del Boulevard Avellaneda. Con el orgullo de ser y hacer lo mejor por la salud de quien iba a buscarla. Su hijo homónimo, lo recuerda, no solo por su nombre. Sonrisas amplias, doctores que sanan desde la presencia..

Dra. Francisca Montaut



Por María Antonieta Pardo

Soy Francisca Montaut, la primera mujer graduada como médica en julio de 1929, en la Facultad de Ciencias Médicas, Farmacia y Ramos Menores de Rosario. Fue muy difícil en ese entonces, conseguir el apoyo de mis padres para luchar por mi vocación y más difícil aún, lograr que se me inscribiera en primer año, siendo la única muchacha que aspiraba a ello. Al principio se me consideraba revolucionaria, luego se me calificaría de pionera.

Cursé debidamente mi carrera y al recibirme, pronto tuve mis primeros pacientes. Entre ellos, recuerdo especialmente a María, por su triste y casi mística historia de vida. Ella y su novio, ambos de 18 años, un poco por desconocimiento y otro poco por imprudencia, no se cuidaron adecuadamente y ella quedó embarazada. Se querían muchísimo y no los asustó en absoluto la situación imprevista. Decidieron inmediatamente que iban a casarse y a enfrentar la desaprobación social y el reproche moral, que ese percance ocasionaba en esa época. Habían elegido el nombre Verónica, convencidos que esperaban una nena. Pero cuando fueron a comunicar estos planes a los padres de ella, y contrariamente a lo que siempre sucedía, fueron ellos los que no quisieron que los chicos se casaran, e inmediatamente programaron la interrupción del embarazo. Un aborto no espontáneo, no legal y lo peor de todo, no deseado por María y su novio. La conducta de estos adultos resultó incomprensible para la joven pareja que no logró oponerse; ni siquiera se les dio tiempo a reaccionar. La larga relación, hasta entonces sólida y amorosa, se resintió, y al cabo de un año de luchas y esfuerzos por seguir juntos, se separaron.

María quedó desolada, sin hija, sin novio y sin la confianza y el respeto que antes sentía por sus padres. Pasó seis años sin volver a enamorarse y por fin conoció a quien luego se convirtió en el padre de su única hija, a quien llamó Verónica, como su bebé no nacido.

María y su marido son de piel clara y cabello lacio, su niña es morena y con rulitos, como el primer novio de María. Los abuelos de esta nena hablan en alemán entre ellos, pero la chiquita escuchó una canción en italiano y pidió aprender ese idioma, el mismo que hablaba con fluidez el primer novio de María. Los padres de esta Verónica son ateos pero su hija cree en Dios y reza, como el primer novio de María. El padre de Verónica es abogado, y en sus respectivas familias todos son juristas o escribanos, pero la hija de ambos ha elegido recientemente estudiar enfermería, como el primer novio de María.

María insiste que el espíritu o alma de la bebé que no nació, se encarnó o manifestó en esta segunda hija suya. Ella sabe que no es así, su arcano argumento no se sustenta, pero creo que le alivia pensarlo de ese modo. Y busca alivio, porque le pesa el hecho de que nunca se atrevió a confesar esta historia a su marido, ni a su hija. La compartió sólo conmigo porque soy médica, pero, sobre todo, porque soy médica MUJER.

Dra. Marta **Orlando**



Por Liliana Aguilar

Comienzo este escrito solo con el encabezamiento de tantas comunicaciones de alumna a maestra con mayúsculas y con gran respeto, reconocimiento y cariño a quien fue mi gran maestra.

Marta venía de tantas luchas institucionales y de vida, como tantos colegas.

Pero Marta para mí fue mi maestra.

Desde el Hospital Geriátrico Provincial en la década del 80 (1985) hasta el reencuentro en la Facultad de Medicina de Rosario en 1995 cuando con el aquel entonces Curso de pos grado de Geriatria y Gerontología, que luego gestiona, con gran visión de la totalidad del proceso de vida de los/las seres humanos, y transforma en Carrera de especialización de Geriatria y Gerontología.

Fuimos la primera Carrera dedicada al proceso de envejecimiento y sus particularidades en el desarrollo de un cuerpo humano/humana.

Su fuerza, su capacidad, su valentía, su experiencia, su generosidad en el proceso de enseñanza-aprendizaje y en la creatividad de nuevos conocimientos, su capacidad de investigación en el ámbito nacional e internacional del proceso de salud enfermedad en la adultez mayor.

Dada la brevedad de este escrito, para seguir nombrando su personalidad y su profesión siempre en pos del otro, solidaria, humana, hasta el punto de dar pasos al costado, cuando hubo, obligadamente, que darlos en este país que amaba.

Hasta siempre Dra. Marta Orlando mat. 6264, imposible no contarle.

Dra. Marta **Orlando**



Por Raquel L. Soñez.

Marta: El Legado.

A Marta Susana Orlando. Especialista en Geriátría y Gerontología. Matr.: 6264

Fuerte, tenaz, brillante, compasiva, defendió la ética de la Universidad Pública hasta las últimas consecuencias, que fueron muchas en una década turbulenta, del “sálvese quien pueda” también en la Academia: época de revolución tecnológica y salida de la caja negra del conocimiento con aspiración de develar hasta las últimas moléculas de nuestro ser, así entre decadencia ética y grandes desarrollos científicos nace la 1er Carrera de Especialización en Geriátría y Gerontología en Rosario: una necesidad y una esperanza, como respuesta a la expectativa de vida poblacional que se ampliaba y determinaba que el grupo etéreo de los Adultos Mayores decidiera hasta la política, definiendo elecciones, originando desafíos en el enfoque de los cuerpos, de las mentes y las emociones en la singularidad y en la posibilidad de acceder a las particularidades de la problemática social del envejecimiento y la gestión de la Macropolítica para resolverlas.

Su confianza, su inteligencia y principalmente, su honestidad, desató odios, amores y traiciones en las tribus de la Academia vernácula.

Su legado continúa en los pacientes y sus familiares, en los que transitamos los claustros de la Facultad de Medicina de Rosario como alumnos, egresados y docentes. Una lucha que lideró Marta desde 1978 en adelante con el reconocimiento como Carrera de Especialización en Geriátría y Gerontología, la Primera en Argentina y Sudamérica, una expresión muy autóctona de un Rosario fecundo y creativo. Como herederos en lo Académico Institucional y como sujetos que vivimos en una sociedad que aspira a recuperar la misión sustantiva de la Universidad, te digo Gracias Marta, gracias por tanto, la tarea continúa.

Dra. Marta **Orlando**



Por Raquel L. Soñez.

Homenaje

A Marta Susana Orlando. Médica Especialista en Geriátría y gerontología.
Matr. 6264

Musa, magia, gurú

Maestra espiritual
autoridad intelectual
Significado
del legado

e
invitación a vivir
el presente:
el bienestar no tiene edad.

Dr. Juan Carlos **Picena**



Por Edgardo Galdeano

Corría 1995, en aquel marzo arrancábamos tercer año de Medicina. Me acuerdo que fuimos con Claudio a la Facultad para mirar los horarios de las comisiones y los docentes que nos habían tocado.

Yo estaba siempre un poco perdido, pero Claudio tenía toda la información, dónde estaban los transparentes, dónde se cursaba, quiénes eran los profesores más piolas o quiénes te hacían parir todo el año.

En tercer año aparecía otro “cuco” importante en la carrera: Anatomía Patológica. Atrás había quedado su hermana de primer año, la Anatomía Normal. Ésta, se estudiaba del famoso Rouviere, aquella otra, del clásico Robbins.

Esa mañana, parado frente al transparente con el listado de comisiones, fue que escuché por primera vez su nombre:

- Qué suerte, te tocó con Picena - me dijo Claudio.

- ¿Por qué suerte, es copado? - pregunté.

- Es un capo, sabe un montón.

Y así empezamos a cursar y a conocerlo. El doctor Juan Carlos Picena era un gran docente, un libro abierto, pero no sólo de anatomía patológica, ni siquiera de medicina, en realidad era una enciclopedia universal.

Nunca faltaba la oportunidad de hablar de intereses extracurriculares, como por ejemplo la literatura y los viajes. Picena nos empujaba, no sólo a ser buenos estudiantes, también quería que viajáramos, que leyéramos otros libros, además de los de medicina. Después de cada fin de semana largo o del receso invernal quería saber quién había hecho un viajecito o leído un libro. Por supuesto que él, también nos contaba de sus lecturas y viajes, de yapa siempre nos recomendaba alguno.

A pesar de ser comisiones muy numerosas por aquellos años, como de cuarenta o cincuenta alumnos, al poco tiempo del cursado, Picena ya nos llamaba por el nombre de pila. Todo el tiempo iba haciendo preguntas sobre los temas de clase, y quien respondía bien, recibía su cariñosa aprobación:

- Muy bien, Fernanda - o también - gran diagnóstico, Martín.

Yo mismo fui, un par de veces, merecedor de sus halagos por algunas buenas respuestas. Pero donde pisaba arenas movedizas, era con la descripción de los famosos frascos de las piezas anatómicas. Parte fundamental en el aprendizaje de la materia.

Aquí me detengo en otras de las características bien marcadas del doctor Picena: su sentido del humor y su tremenda ironía. Cuando las respuestas eran correctas, estaba todo bien, pero si alguno erraba por lejos, lo chicaneaba con algún chiste o comentario “ácido”.

Aquella vez se apareció con un frasco terrible, vaya a saber qué tortuosa pieza patológica guardaba, ya ni lo recuerdo. El frasco iba pasando de mano en mano y nadie daba “pie con bola”. En algún momento quedó frente a mí, apoyadito en una de las grandes mesas de disección, que eran de mármol.

Yo lo miraba sin tener la más remota idea de lo que representaba esa masa de tejido retorcido y de aspecto tenebroso. Picena, que ya notaba mi desconcierto, se me fue acercando y cuando estuvo a mi lado, apoyó su mano sobre mi hombro derecho, pasando su brazo por detrás, casi como un gesto paternal. Y entonces me preguntó:

- ¿Y Edgardo... qué mierda será esto, no?

Dr. Mario Jorge Pitasny



Por Sara Szwom de Pitasny

En ocasión de conmemorarse los 300 años de la creación de la Villa del Rosario, declarada ciudad en 1852 por el entonces Gobernador de la Provincia de Santa Fe, Domingo Crespo, adhiero a la iniciativa de la AMR, de recordar a quienes, desde su lugar, bregaron por la salud de sus habitantes durante tres siglos. Rosario tiene el orgullo de albergar a la centenaria Facultad de Medicina, que formó numerosos profesionales que prestigiaron a la misma, trascendiendo las fronteras del país. Aportando a la invitación, citaré a quien fuera mi esposo y compañero de vida: Doctor Mario Jorge Pitasny.

Nacido en Entre Ríos, pero rosarino por adopción, concluyó sus estudios secundarios, en el Colegio Nacional de Nogoyá, del que fue Abanderado. Desde pequeño, intuyó su vocación por la Medicina, incentivado quizás por el sueño de sus abuelos, inmigrantes que llegaron a las colonias sin otra herramienta que sus manos para trabajar la tierra. Como dijera el escritor Florencio Sánchez, en una de sus obras: «Mi hijo el doctor». Así fue, que cruzando el Paraná ingresó a la que sería su nueva casa, entonces perteneciente a la Universidad Nacional del Litoral. Cursando ya su segundo año de Medicina, inició también su carrera docente, nombrado Ayudante de la Cátedra de Histología, que más tarde continuaría en la de Anatomía Patológica. Llamado a cumplir con el Servicio Militar Obligatorio, debió interrumpir sus estudios durante la Revolución de 1955, los que pudo retomar dos años más tarde. Ya en quinto año, hizo el practicanato en la entonces Asistencia Pública, mientras hizo la concurrencia en la sala de Clínica Médica del Hospital Centenario. Allí comenzó su inclinación por las glándulas endocrinas, lo cual una vez graduado, en 1962, junto a sus mentores, los Dres. Solís, Davidovich y J.J. Stafieri, implementaron la Endocrinología como Especialidad, en la medicina de Rosario. Ingresó ya egresado, por concurso, como Jefe de Trabajos Prácticos en el área de Patología Médica y posteriormente como Profesor Asociado.

En 1971, obtiene por concurso, el cargo de Jefe del Dpto. de Endocrinología del Hospital Italiano «Garibaldi», cargo que ejerció a lo largo de 45 años, durante los cuales, asumió por un período la jefatura del Dpto. de Clínica del mismo, siendo reconocido en un acto por su trayectoria en dicho hospital. Ejerció por dos períodos la presidencia de la Sociedad de Endocrinología de Rosario, siendo además uno de los fundadores de la Sociedad Latinoamericana de Diabetes. Participó, invitado, en numerosos Congresos, tanto en el país como en el exterior.

Pero no sólo se lo recuerda como Médico de Rosario; su hombría de bien, su dedicación al bienestar de sus pacientes, sus valores éticos y humanistas, complementados por su humildad, sin alardes ni soberbias, lo hicieron receptor del cariño y respeto de pacientes, discípulos y colegas. Fue un ferviente lector, dejando una nutrida biblioteca como legado de sus conocimientos. Amaba la música clásica y la ópera. También la filosofía ocupó parte de su vida.

Partió el 30 de marzo de 2020 dejando una huella imborrable, como esposo, padre y abuelo. Y como Médico, trazó la senda que hoy continúa su hijo Gabriel y su nieta Vanesa, conformando tres generaciones de Endocrinólogos, que siguen apostando por la medicina de nuestra querida ciudad.

Dr. Pompeyo E. Pizarro Arzac



Por María Florencia Pellejero

Nacido en Gualeguay, Provincia de Entre Ríos, vino a estudiar a Rosario por invitación de su tío, Pompeyo Pizarro, editor del periódico “La Confederación” quien junto con Eudoro Carrasco tenían como fin difundir la actuación política de Justo José de Urquiza.

En el año 1883, Koch descubre el Vibrión Colérico. En 1884 siendo Julio Argentino Roca Presidente y Octavio Grandoli Intendente de la ciudad, Buenos Aires envía al Dr. Wernike a constatar que lo que aquejaba a la población rosarina era en efecto COLERA MORBO y no “colerina” como se alegaba desde aquí; con lo cual se aísla a la ciudad cerrando la Estación de Trenes. Rosario no tenía en esa época agua corriente ni cloacas. Pompeyo Eusebio Pizarro forma parte de los 15 ciudadanos que conforman la “Comisión Popular” que atiende 24 hs. los 7 días de la semana en San Luis 110, con el fin de dar asistencia gratuita a los enfermos.

Para esa época el cólera morbo no tenía tratamiento y era considerada una enfermedad de indigentes, a quienes se les quemaba el rancho, toda su ropa y pertenencias, pero se dejaba sin atención alguna. La “Comisión Popular” inaugura la llamada “Olla del Pobre” que consistía en proporcionar gratuitamente en forma diaria a quien lo solicitara, una comida consistente en puchero de carne con papas, abundante caldo y una galleta.

Además del Hospital de Caridad (actual Hospital Provincial) donde se atendía principalmente enfermos de sífilis, se aislaban los enfermos de Cólera Morbo para su tratamiento y consiguieron abrir otro Lazareto en la “Quinta Sugasti” en calle Riobamba y utilizaban también un vapor anclado en la Isla del Francés para la cuarentena.

Durante 10 años el Dr. Pizarro trabajó también en el “Hospital de la Merced” en Buenos Aires en donde estudió y fundamentó su Tesis Doctoral de Medicina sobre “Manía Aguda” apadrinada por el Dr. Fernández, que propone tratar a los enfermos no con métodos violentos de chalecos de fuerza y baños, sino “con espacios verdes amplios, música y hablándoles calma y suavemente”. La Tesis de 70 páginas con estadísticas incluidas puede leerse en forma digital en los archivos de la Universidad de Buenos Aires. El Dr. Pizarro Arzac abre su práctica en “Medicina General” en Rosario.

En 1900 se casa con Doña Julia Arzac quien luego fuera la primera Secretaria de la Comisión de Beneficencia del Hospital de Caridad instituyendo años más tarde el “Día del Kilo” con el fin de solicitar donaciones para quien lo necesitara en la ciudad.

Es nombrado primer Director del “Palacio de la Higiene” que se construye en el “Palacio Canals” donde se instala el “Hospital Central” y luego la “Asistencia Pública”.

En el año 1901 su hija María Elcira enferma de Tos Convulsa y merced a su amistad con los Doctores Manuel Berdier y Belisario Vasallo (primer cirujano de Rosario) le practican una traqueotomía con 9 meses de edad, enviándola a reponerse a Buenos Aires debido a las “miasmas” que existían en la ciudad (epidemias de tuberculosis y escarlatina).

Forma parte de las comisiones que instituyeron la “Libreta Sanitaria” para las mujeres que ejercían la prostitución. Ejerce la medicina en Rosario hasta su fallecimiento en 1934.

Dr. Orlando **Prendes**



Por Horacio Alberto Giardini

Nano

A la memoria del Doctor Orlando Prendes.

«El buen médico trata la enfermedad; el gran médico trata al paciente que tiene la enfermedad».

William Osler

Conocía tus semblantes
la palidez de tus ánimos
el rubor de tus mentiras
la palabra era el vínculo
respetaba los silencios
exploraba tus historias familiares
hacía una arqueología
de tus dolores primitivos
¿Qué siente? ¿Qué piensa?
¿Por qué esto aquí y ahora?
paciente con los pacientes
el arte del escucha se extendía
y al final una abrazo de ternura
era una hilván invisible que te unía
y aquella relación nunca se perdía.

Dr. Orlando **Prendes**



Por Imelda Ferrero

Siempre te interesó la relación Médico-Paciente, sosteniendo que lo más importante era escuchar a los enfermos. Nos amamos 30 años, tuvimos y la queremos mucho a nuestra hija Renata, pero te perdiste las caricias de tu nieta Delfina. Le contamos que fuiste Médico clínico, Endocrinólogo y Diabetólogo y te gustaba mucho leer y escribir. Te seguimos extrañando.

Dr. Orlando Prendes



Por Renata Prendes

¡¡¡Qué decir de vos Papi querido...!!! Excelente Médico, sin duda, excelente Padre, sin duda, excelente Abuelo, la vida no me dio la oportunidad, pero tampoco tengo dudas. ¡¡Te amamos y te extrañamos muchísimo!!

Dr. Raúl Rivero



Por Esteban Sánchez

En el silencio, donde el alma anida
En el eco profundo, Tu eterna memoria brilla
Fue tu voz, el espejo de tu alma blanca
En cada vida que tocaste reflejó amor, luz y esperanza.

Hoy Rosario tu nombre en alto alza
No hay palabras que puedan medir tu valía
Solo el corazón de este pueblo que te recuerda
con todo su amor y su alegría.

De tu vocación el don, que no solo curó heridas
también dio alivio a cada corazón, a cada vida
Y aunque tu mano guía de sueños, ya no está
Tu luz, en cada uno de nosotros seguirá su compás.

Dr. Arnoldo **Rodríguez de Sanctis**



Por Arnoldo Rodríguez Gualino

Cirujano con vocación y sabiduría, supiste comprender
el sufrimiento sosteniendo la salud a favor de la vida.
Vestirte y salir de prisa, aliviar a los que sufren,
darles esperanza.

Filántropo de convicción, con objetivos firmes
sobre el sentido y los valores profundos de la Vida,
hacia el alcance de la meta:
la Felicidad,

Fuiste la veta rica y profunda
que contenía un valioso brillante.
Apasionado por los libros que se apilaban
esperando pacientes en tu mesa de luz,
en el silencio de la noche con curiosa avidez,
saboreabas los más variados temas:
clínica y cirugía, poesía, escritores,
gran gusto hacia las Artes Visuales,
hasta que el sueño vencía
a mi héroe.

Recuerdo de mi infancia, acertados y significativos regalos.
Hoy, releyendo libros, oculto entre sus hojas surgen mensajes
como botellas de náufragos en jeroglíficos de médico
donde, en tono poético y filosófico a la vez, me dedicabas
acertadas reflexiones, consejos, sugerencias
con el aroma y la frescura vigente
de tu presencia.

Eras sencillo, profundo, directo, sereno, sin disfraz,
presente en los momentos difíciles, un faro que guiaba.
Poseías habilidad y paciencia:
sabías comprender poniéndote en el lugar del otro.
Tus enojos jamás desbordaban, pero aleccionaban.
¡Ten voluntad, afronta la lucha, nunca te rindas! ...
ese fue tu mandamiento, papá.

Prof. Dr. Francisco **Rosselló**



Por Jorge A. Marcipar

Un verdadero maestro. Sabía curar, enseñar y sabía mantener el orden. Todo lo hacía sencillo: Cómo alimentar a los niños; cómo resolver sus dolencias con los elementos disponibles.

Respecto al orden, recuerdo que, en determinado momento, se había relajado el cumplimiento de las obligaciones en el servicio de pediatría del Hospital de Granadero Baigorria, en ese entonces, José María Manuel Fernández, actualmente Eva Perón. Muchos concurrentes eran Ad-honorem, pero se les advertía que el cumplimiento debía ser similar al de los pocos rentados, quienes también habían aflojado en ese aspecto. Como consecuencia de ausencias, o retardos en su llegada, los residentes éramos convocados a reemplazarlos, no pudiendo cumplir con el plan de entrenamiento diseñado. La jefa de residentes advirtió sobre esta situación, y de inmediato, el Dr. Rosselló hizo reunir a todos los integrantes de la sala en su aula. Su discurso fue breve y claro. Recuerdo que dijo: “Pertenecer a este Servicio da prestigio. Cada uno de Uds. debe justificar su presencia en él. Quienes no estén de acuerdo pueden retirarse”. Desde ese momento, los residentes no tuvimos que tapar ningún agujero.

Otro recuerdo, me llevan a estar ubicado en la sala de médicos completando historias clínicas, y oír sin querer queriendo, a los profesores Rosselló, Celoria y Massarelli que allí se reunían cuando tomaban examen a los alumnos de pregrado. Alternaban un turno en Baigorria y otro en el Centenario. Uno de los alumnos que rendían en esa ocasión era quien desde hacía muchos años trabajaba en el Hospital en Hemoterapia. De esta especialidad sabía más que muchos graduados y realizaba estudios complejos con mucha eficiencia. Le faltaban dos materias para recibirse de médico, y no las rendía. Todos le recomendaban que lo hiciera. Cuando decidió rendir Pediatría, y los profesores estaban reunidos en la sala de médicos para evaluar su nota, Rosselló y Celoria dijeron: Nosotros le ponemos sobresaliente. Entonces Massarelli les preguntó qué tema le tomaron, porque él le había preguntado sobre hepatopatías congénitas y estuvo muy flojo. Tanto Rosselló como Celoria respondieron que le habían preguntado sobre diferentes tipos de anemia. Ante esa respuesta, Massarelli les dijo: claro, cómo no va a estar para sobresaliente si le preguntaron temas de sangre. La réplica de Rosselló fue: sin embargo, yo le pregunté también sobre efectos de la radiación ultravioleta en la síntesis de anticuerpos y estaba perfectamente informado. Con gesto de asombro, Massarelli le dijo: ¿de dónde sacaste ese tema? Rosselló le respondió: Lo leí en la Razón de anoche. Se ve que este muchacho también lo leyó y estaba tan informado como yo. Le pondremos distinguido en vez de sobresaliente y te quedas tranquilo.

Así como el Dr. Francisco Rosselló demostraba practicidad y firmeza, también sabía emplear sentido del humor. Todo esto y mucho más me transmitió mi maestro. Siempre estaré agradecido con él.

Dr. José Roland **Schpeir**



Por Silvia Martínez y Catalina Mendicino

Francisco, mi papá, recibió la noticia. Yo había rendido la última materia de mi carrera y me recibía como Fonoaudióloga. Él no pudo esperar y rápidamente fue a contarle a su médico clínico para ver si me daba un lugar para ejercer mi profesión en su instituto. El doctor Schpeir no dudó. Y así empezó un largo camino en el que tuve la oportunidad de conocer al Turco. Así lo llamaban.

A él le gustaba contar que conocía a nuestro famoso escritor Juan José Saer, con el que había compartido algunos asados antes de mudarse a Francia.

Cuando llevaba a arreglar su calzado al taller de mi tío zapatero solía sentarse en una sillita baja y escuchar anécdotas de su amigo gringo. Los dos de igual a igual. No le importaba que lo vieran así los clientes que entraban al lugar y que se encontraran a su doctor charlando con Luciano a quien no le faltaba conversación y cultura.

Allá por el año 69 él y un colega hicieron la primera guardia en la primera clínica del barrio, el Instituto Médico Fisherton. Y no paró. Alternaban incluso las guardias de Navidad o Año Nuevo. Este amigo lo describe así... *sencillo, buen compañero, amigüero y entrador... hacía morir de risa siempre, parece que lo veo llegar con la radio en una mano y el maletín en la otra. Entre paciente y paciente le gustaba escuchar música porque además de todas sus virtudes tocaba guitarra y solía cantar en peñas. Muy sociable en el club, la clínica, en Fisherton, en fin, el Turco era conocido en todo Rosario.*

Operar en el Hospital Alberdi y atender consultas en la clínica era lo que más le gustaba, sigue contándome su amigo. Era notable y contagioso el entusiasmo con que venía a trabajar. Eran buenas épocas.

Siguen los recuerdos... una vez se compró un Gordini y apenas lo empezó a usar se lo puso patas para arriba. Y se compró otro.

Si dicen que la medicina y el acto médico son un **arte de artes** o el **arte de curar**, podemos dar testimonio de que el doctor Schpeir, el Turco, hizo de cada consulta, con sus muchos y fieles pacientes, una verdadera obra de arte, creativa y singular. **Eso es salud.** Una escena, un espacio (su consultorio) en el que el paciente se sentía cómodo, confiado, escuchado y por lo tanto salía reconfortado. Sus consultas tenían alma. Distaban mucho del protocolo, de ser meramente técnicas. Con su chispa, sus anécdotas, su sencillez, su empatía, confirmó y nos enseñó a los que lo conocimos, este arte tan humano, tan singular y tan amoroso que es ser médico.

Hasta que un día comenzó a olvidarse de los nombres de las drogas que componían los medicamentos y toda su praxis comenzó a declinar. Pero nunca se irá. Sigue estando entre nosotros con su alegría, dichos y sus modos tan singulares. Permanece vivo en la mente y en el corazón de los que lo conocimos.

Dr. Jacobo Shocron



Por tus hijos Miriam, Alberto y Natalio.

Semblanza.

El Dr. Jacobo Shocron nació el 4 de noviembre de 1915 en San Martín de Mendoza, hijo de inmigrantes provenientes de Tetuán (Marruecos). A temprana edad, su familia se trasladó a Rosario, donde él seguiría sus estudios y comenzaría una carrera que dejaría una huella indeleble en la medicina argentina. Se graduó de médico en la Universidad Nacional del Litoral (hoy UNR) en 1942, y pronto se dedicó al ejercicio de la medicina en el barrio Agote, donde se desempeñó como médico de familia.

En un contexto de grandes transformaciones para la medicina, especialmente quirúrgica, se interesó profundamente por la anestesiología. Su pasión por la disciplina lo llevó a viajar con frecuencia a Universidad Nacional de La Plata, donde se dictaron los primeros cursos sobre anestesia, en una época en que la especialidad aún estaba en sus etapas iniciales en Argentina. Fue allí donde empezó a profundizar su conocimiento, especialmente en técnicas innovadoras, como la **anestesia troncular**, que marcaría su legado profesional.

Hacia finales de agosto de 1950, más precisamente el 22 de agosto de dicho año, el Profesor de Farmacología de la Facultad de Medicina de Rosario, junto a un grupo de seis anestesiólogos y un técnico rosarino, firmaron el acta constitutiva de la **Asociación Rosarina de Anestesiología (ARA)**. Este acto fue un hito en el desarrollo de la especialidad en la región, siendo uno de los fundadores de esta institución, que se convertiría en el pilar de la anestesiología. La ARA, bajo su impulso, no solo permitió la jerarquización de la anestesiología en Rosario, sino que también promovió su difusión a nivel nacional.

Se destacó como innovador. Sus contribuciones técnicas y científicas fueron de gran impacto en la práctica de la anestesia. Introdujo métodos avanzados y precisos de **anestesia troncular**, que revolucionaron la manera en que se realizaban procedimientos quirúrgicos de menor complejidad que previo a estos avances requerían anestesia general. Además, fue un férreo defensor de la formación y especialización de los profesionales, impulsando publicaciones y participando activamente en congresos nacionales e internacionales. Su trabajo fue reconocido por colegas de todo el mundo, quienes valoraban tanto su destreza técnica como su generosidad para compartir conocimientos.

A lo largo de su carrera, viajó por casi todo el mundo, asistiendo a congresos y seminarios internacionales en representación de la anestesia Rosarina y del país siendo integrante del consejo ejecutivo de la World Federation of Anesthesiology. En sus viajes, siempre buscó estar a la vanguardia de los avances en anestesia. En uno de sus viajes más memorables a China, presenció una cirugía de tórax abierto en la que el paciente estaba despierto, sometido únicamente a acupuntura. Esta experiencia, entre muchas otras, enriqueció su mirada de la anestesiología y le permitió integrar nuevos enfoques en su práctica.

Entre 1975 y 1980, durante su presidencia en la **FAAAR**, Argentina vivió momentos de incertidumbre política y social. No era fácil ejercer cargos gremiales en esos tiempos, y sin embargo, lideró con integridad, defendiendo tanto los intereses de los anestesiólogos de todo el país, como la dignificación de la especialidad en un contexto complejo y difícil.

Fue más que un médico; fue un hombre apasionado por su trabajo, que nunca dejó de aprender y enseñar. Su visión humana de la medicina, su respeto por los pacientes y colegas, y su incansable dedicación lo convirtieron en un modelo a seguir. Trabajó hasta su último día de vida.

Hoy, Jack (como lo llamaban los que lo rodeaban) es recordado como un verdadero pionero en la anestesiología de Rosario y Argentina. Su legado vive en cada técnica que perfeccionó, en cada lección que compartió y en el impacto que tuvo sobre la medicina de nuestra ciudad.

Dr. Jaime **Slullitel**



Por Familia Slullitel

Oriundo de Palacios, Santa Fe, Jaime tenía dos pasiones: la medicina y el deporte. En 1924, fue uno de los fundadores del Club Universitario de Rosario, y en 1940 fue Campeón Argentino de 100 metros llanos, obteniendo el mismo año el récord sudamericano de esa categoría.

Estudió y se graduó de médico en la especialidad de Ortopedia y Traumatología, en la Universidad Nacional del Litoral. Luego vivió en Italia, donde continuó su formación, y en 1944, él y su hermano, el doctor Isidoro Slullitel, inauguran el Sanatorio Laprida, referente en ortopedia, traumatología y medicina laboral en Rosario y la región.

En 1946, Jaime asume como Jefe de la sala de Ortopedia y Traumatología del Hospital Rosario, que luego sería el HECA, para años después convertirse en jefe de todo el servicio. Continuando su aporte a la profesión, fue presidente en 1971, de la AROT.

Se jubila a los 67 años, con una carrera impecable, marcando estándares altísimos para quienes hoy seguimos sus pasos: los doctores Miguel y Daniel Slullitel, sus hijos, y todos los que formaron y forman parte del IJS - Instituto de Ortopedia y Traumatología "Dr. Jaime Slullitel".

Dr. Marcos Martín **Tomasini**



Por María Fernanda Bartos

Nací con una cardiopatía congénita (Tetralogía de Fallot). Mis padres conocían al Dr. Cuando descubrió lo que tenía me quiso operar él, pero por la obra social que no correspondía ese sanatorio. En la obra social le habían dicho a mi mamá que otro médico en otro lugar.

El Dr. Marcos con su dulzura y generosidad les dijo a mis padres que él hablaría con la obra social y arregló con ellos descontando muchas cosas de la cirugía que se hizo cargo de sus costos. Obviamente logró operarme con éxito.

Al cumplir mis 10 años había que realizarme una segunda cirugía que me daría una mejor calidad de vida, mi mamá le pidió que sea él quien me vuelva a operar y le respondió que no lo podía realizar porque sería como operar a un hijo (porque crecí junto a su compañía), pero la va a operar un cardiólogo muy capaz que conozco muy bien (Dr. Ameriso).

Así era conmigo, con un carácter especial siempre se ocupó de mi salud y que me atendieran los mejores especialistas.

Mi papá siempre decía que no había forma de agradecerle al Dr. Tomasini por salvarme la vida.

Recordando lo que me han contado y lo que he vivido con Él, agradecida por ser el primer cardiólogo en revisarme y descubrir mi patología, a ese ángel que Dios y la Virgen colocaron en nuestro camino.

Se lo extraña mucho desde que no está, desde el 11 de setiembre de 2022 y me quedaré con su recuerdo y sus palabras cada vez que me encontraba.

Las personas especiales en la vida no se pueden olvidar, porque son parte de uno y cuando se van esa esencia queda en los que salvó, lo conocieron y compartieron momentos juntos. Siempre lo tengo presente en mis oraciones.

Dra. María Alcira **Velázquez**



Por Gabriela Quintanilla

Médica rural, paidopsiquiatra, mamá.

Fotos:

Una sucesión de imágenes en sepia con trazas de color.

Día de llovizna y marrón caminando por lo que era una vereda, ahora un gran riachuelo lento de agua oscura. Vamos tanteando con una rama para no caer en zanja oculta. Es así. Es normal. Estamos camino al hospital de Roldán donde a la Beba - mi mamá - la espera una mujer en trabajo de parto. Yo soy una niña de no sé cuántos años y me gusta acompañarla porque las enfermeras gordas me malcrían mientras escucho sentada en la cocina los ruidos familiares del nacimiento.

En otro momento de la misma geografía la veo subiéndose al sulky que la llevará a una casa del campo. Allí correrá algún perro flaco con la pierna mientras reclama un recipiente para placenta.

Toda una generación del pueblo nació en sus manos...

Otra imagen: estamos en la plaza de Roldán un día gris (¿por qué no recuerdo pasados soleados?) y ella entonces va liderando la escuela para niños especiales... nacida de su tesón, y apropiada después por la gente como si siempre hubiera existido.

La foto siguiente salta en el tiempo. Estoy cursando medicina y la voy a buscar a paidopsiquiatría: estaba allí conduciendo la escuela taller para niños y adolescentes especiales. Las primeras semillas de lo social en salud se iban dispersando con los vientos del cambio de paradigma.

En algún momento -casi a los fines de mi carrera- la esperé en la sala de teóricos de psiquiatría colmada de estudiantes... rogando que hiciera un buen papel y sedujera a todos mis compañeros con su embrujo mezcla de cosa real y trasgresión. Jamás me decepcionó.

Más adelante en los años... yo, ya médica y especialista. La Beba todos los días en Ovidio Lagos al fondo, en la escuela 2069 de formación laboral para jóvenes diferentes. Esa fue otra batalla: recorriendo el Consejo, secretarías y ministerios. Su desafío eran las pasantías laborales: insertar estos jóvenes en el trabajo real, sembrarles proyectos de vida y esperanzas. Tuvo muchos cómplices en este vuelo, eran momentos de brillo en los proyectos de salud y educación en la región.

Así fue... desde la médica rural que recibía pollos vivos y galletitas en pago... hasta la paidopsiquiatra que con lógica férrea militaba los derechos de los más vulnerables...

Con los años se volcó a escribir sus recuerdos en relatos cortos y contundentes como pedazos de vidrio.

Hoy luce sus 95... Áspera e inteligente, sigue batallando. Le cuestan los dedos que se traban al escribir y las escaleras son montañas.

Nunca esperó reconocimiento porque era feliz con el solo hecho de hacer.

En estos días cuando el bien la humanidad y el amor al prójimo son narrativas vetustas o cuestionadas quiero recuperar con toda pasión la figura de mi mamá, la Beba, que quedará en los cimientos del sistema sanitario.

Sólida. Dura.

Pero nunca olvidada.

Dr. Javier Villaggi Leiva



Por Nadia Soledad Lordó (seudónimo)

D.D.d.D. POEMA 3

Oidor atento de dolores,
placebo sanador de grandes males;
prodigas la paz con tus saetas
de consejos concebidos
¡tan amables!
Palomas de seda son tus manos
explorando lo más íntimo,
eruditas
velando las fronteras de los miedos.
Por ti
se hacen sonrisas las tensiones.

Yo bebí tu paciencia seductora,
tu experiencia,
y aceptando con certeza tu dictamen
me encapsulo ciegamente
sin querer;
y te amo
¡OH doctor! sinceramente
navegando cautivada
en tu saber.

D. D. d. D. = Don Divino de Doctor.

Dra. Ana María Zeno



Por Elda Munch

Carta a la Dra. Ana María Zeno: Nuestra sexualidad, nuestros cuerpos, nuestras vidas.

Rosario, agosto de 2025.

Querida Dra. Zeno,

La recuerdo con su amplia sonrisa y agradezco a la vida haberla conocido. ¡Cuánto aprendí con usted! Su pasión por la salud femenina, la sexualidad humana, los Derechos Humanos, la capacitación permanente de los profesionales de la salud de todas las áreas y la difusión del conocimiento científico desde una perspectiva humanista, son joyas que conservamos quienes la conocimos en persona. Imagino que junto a sus padres, Artemio y María Antonieta; su tío, Lelio; su esposo, Enrique; su hija, María Amaru y su yerno, Rodolfo activará intensamente en las pampas del infinito despertando almas de aquí y de allá, con su energía inagotable y su labor incansable. Su capacidad didáctica y comunicativa también lo eran, todo momento era propicio para enseñar conceptos clave. Sus artículos en el diario local eran imperdibles, breves, claros y contundentes. Todo lector interesado con sólo leerla, accedía a cuanto usted planteaba. Una auténtica pionera.

"Quisiera presentarme como médica, ginecóloga, educadora sexual. También como humanista, psicosomatista, feminista, libertaria, ecologista. Sí, todas esas cosas soy". Así habló Ana María Zeno en 2005 cuando fue nombrada médica distinguida de la ciudad de Rosario por el Concejo Municipal". (...) "He luchado contra la misoginia, el oscurantismo y la represión sexual (que ha sido mayor para las mujeres). Pero entiendo que toda libertad debe enmarcarse en una responsabilidad, sino puede llegar a ser un atropello", decía". (...) "Defensora de los marginados y los ofendidos, de los pueblos sojuzgados y militante por los derechos humanos". De ese modo también se presentaba Ana María Zeno, quien siempre levantó las banderas del feminismo del que se autodenominaba partidaria y al que describía como un "amplio movimiento de valoración de la mujer, como un medio para lograr una sociedad más justa, libre y responsable". (O'Keeffe, F.: 2018: La Capital).

Le comento. Con el Plan de Estudios 2001 se incorporó Sexualidad Humana como materia curricular en Medicina. La vida me ubicó en dos equipos docentes de la facultad, el Área Instrumental Inglés y la materia electiva "El saber médico entre la Filosofía y la Literatura". ¡Muchas gracias por tanto!. Afectuosamente, su ex paciente.

Elda Munch.

Dr. Artemio Zeno



Por Berenice Luque Zeno

Artemio Zeno nació en Buenos Aires en el año 1884, era hijo de humildes inmigrantes piamonteses, murió prematuramente en el año 1935 a los 52 años. Se graduó a los 26 años en La Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires.

En la ciudad de Rosario en el año 1910, fundó el Círculo Médico y la Revista Médica, que tuvieron una gran influencia en la creación de la Facultad de Medicina 10 años después.

En ese mismo año funda la Escuela de Enfermeros, con el afán de ir incorporando personal técnico que pudiese secundar la acción de médicos y cirujanos, haciéndose cargo él mismo de la enseñanza. En el año 1924 funda el Sanatorio Británico junto con su hermano Lelio Zeno y Oscar Cames. Sus libros muestran un original y profundo pensamiento científico: “Escritos quirúrgicos” y “La cirugía de hoy y de ayer” constituyen dos obras que no han perdido vigencia aún.

Artemio Zeno planteaba: “No hay por qué defender una tradición que no existe, hay que saber salir a tiempo y en forma airoso de la monotonía limitante que perdura, así se corra el riesgo de vulnerar, en apariencia, intereses que no tienen nada que ver con la ciencia”. Criticaba abiertamente la enseñanza de la Medicina de la época: “Puede parecer extraño que insista sobre la enseñanza de la Anatomía: así como el estudio de la forma no puede hacer grandes artistas plásticos por más que se extreme, ni el de la prosodia grandes poetas, el estudio exagerado del cuerpo humano no puede hacer grandes cirujanos. ¿No es sumamente singular que un médico experimentado sepa mucho más sobre la estructura del hígado o del corazón, o sobre las reacciones y funciones del tubo intestinal o de la médula que sobre el hombre como totalidad? Al llegar a las clínicas oficiales, no me encontré con enfermos hospitalizados sino con estómagos, piernas varicosas, fibromas de matriz. El hombre se transforma en su individualidad, para descender a la categoría de la úlcera o del fibroma por ejemplo de la cama 14 de la sala 5. Nunca pude acostumbrarme a esa forma de tratar al enfermo porque no solo la despersonalización se hacía cada vez más evidente para mí, sino que también se carecía de la actitud humana que corresponde más que a nadie a los que estudian medicina, a quienes les inculcaría menos erudición, pero sí más respeto para el hombre”. Pedía respeto y consideración por los enfermos sobre todo los hospitalarios ya que consideraba que además de enfermos eran pobres. Fue un visionario, pionero en preconizar el *levè* precoz permaneciendo el menor tiempo posible internado; un paciente le preguntó “¿Doctor cuánto tiempo debo quedarme en reposo después que me saque el apéndice? Así le respondió: “Mi amigo en qué vino al hospital” “en bicicleta” “a la mañana siguiente se volverá usted a casa en bicicleta”. Fue autor de varios trabajos, donde reveló su pensamiento original y profundo, fue un humanista ejemplar y muy culto, además de mecenas de renombrados pintores rosarinos. Cuando se presentó al concurso de profesor titular de Clínica Quirúrgica en su curriculum sólo figuraba un antecedente: “Miembro honorario de la Real Academia de Cirujanos de Londres”, para él era superfluo mencionar todos los demás. Luego de una brillante exposición ganó el concurso. Era muy consciente del respeto y admiración que despertaba y medio en broma y medio en serio decía “¿Quién es el mejor cirujano de Rosario? Yo, segundo no hay, tercero mi hermano Lelio”. Artemio Zeno fue innovador y brillante, se colocó del lado contestatario de la vida, enfrentándose con eminentes profesionales, con espíritus menguados, cómodos y prejuiciosos a quienes llegó a denominar “crustáceos” por ser impermeables a todo cambio.

CAFÉ DE TERTULIAS LITERARIAS

CAFÉ DE TERTULIAS LITERARIAS